

ARMAS Y LETRAS

HEMEROTECNA
MUNICIPAL
MADRID

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

— DIRECTOR - PROPIETARIO —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

30 DE JUNIO DE 1923
AÑO IV. Número 59



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



ASTRA ASTRA REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES: { GUERNICA
{ ESPERANZA Y UNCETA. { (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL A.V.D BERNABÉ &
MAYOR 86 MADRID &

Unica reglamentaria en el Ejército.
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estándartes a 25 petas. Novedad foto-
gráfica, 23 calcomanías para aplicarse en
papel, cartón, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPañIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16, -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1. -- MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO A. PAJARES
LAMPARAS DE TODAS CLASES Jardines, 7 y 9

Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.

Hilario Puerta García. 1.^a. Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7. -- Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte **Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería)**

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415. -- FUENTES, 7. -- MADRID

LA OCAION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 68

CASA HERNANDO
MAYOR, 29

Teléfono 2485; M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE OUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado ser-
vicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR DE

CLETO VALLINAS

Modelación Impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. * * * Objetos de escultura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zaleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas,
Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicycletas, Objetos de arte y fantasía, y cualquier clase
de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERÁ DE LAS VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA EN EL NEGOCIO PUEDEN PROPORCIONARLE

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corse-tería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Cami-sería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

Disponible

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Ti-rantes, Fiadores, Charrete-ras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordo-nes de ayudante, para me-dallas, bastón, Espadas, Es-padines, Sables y Condeco-raciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Boto-nes, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

un buen jipete

hace un buen

Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

anuncios "Los Tirolenses"

Ayuntamiento de Madrid

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

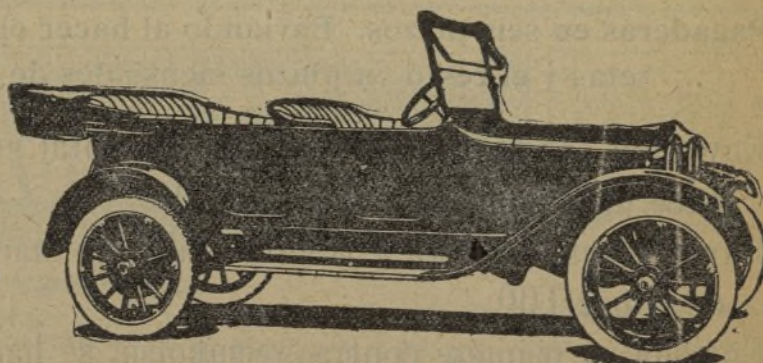
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.





Roca

Fotógrafo

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TE TUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

Grandes Almacenes de

SALVADOR DELTELL

(Casa del Valenciano)

CONSTRUCCIÓN DE TODA CLASE DE CORRAJES Y EQUIPOS DE CABALLO PARA EL EJÉRCITO
COMPRA Y VENTA DE TODA CLASE DE DESECHOS MILITARES EN CUALQUIER PUNTO DE ESPAÑA

Ribera de Curtidores, 18

MADRID

Se pagan altos precios

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBREERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO

TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32

TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



BEBED AGUA FARGAS



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinares.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.



**RESERVADO PARA LA
PIANOLA "AEOLIAN"**





DIALOGOS ENTRE JUAN Y PEDRO

—Mala semanica, maño, han tenido en ese Tizzi.

—Y que siempre pasa lo mismo; vas a un sitio y en cuanto llevas unos días, barranco en el que te asan...

—¿No ves qu'hay tantos...

—¡Recontra!... por muchos qu'haiga, si estuvian oos tapaos...

—¿Es que te crees tu que un barranco se tapa así como una ventanica?

—Parejo: too es cuestión del tamaño y la tela de la cortina... y si no se pue tapar, pos a otra parte, que los aires encallejanaos son mu malos...

—Sí qu'es verdad; pero, los paisanos, como están acostumbraos a estar entre paredes, no saben de eso.

—Pos si no saben... tie gracia, como hay Dios, que pa llevar unas cuantas judías, mus haga costao ciento y pico de muertos y la mar de heridos, y too, por un barranco.

—Y ese estrupicio ¿lo habrán hecho esos moros que icen que lo querían arreglar por lo cevil?

—¡Toma! claro... siendo mosotros ceviles, tiran ellos más mejor.

—¡Qué cosas ices! me cuesta más trabajo entender que al gobierno arreglar esto.

—Pero ¿tu crees que es difícil poner aquí las cosas como deben estar?

—Debe selo; porque en el tiempo que llevamos, que si p'arriba, que p'abajo, que agora quietos aquí y de vez en cuando, a llenar el campo santo y a dejar hombres inútiles y...

—Güeno; pero eso son cosas sueltas que total no valen naa... poquico a poco, los moros...

—Sí; se nos van comiendo: en algo han de emplear los platos y las cucharas que se habrán comprao con aquellos roscaderos de duros.

—Es qu'eres malo de verdad; lo menos t'has creído que con lo que les dimos por los prisioneros, han comprao...

—Ya lo vamos viendo; confites y farolicos p'ha-cer verbenas: algunos sois tontos de verdad...

—Tu, como eres tan listo...

Pero, ascucha, espabilao; si ties un gachó qu'an da rondando tu corral y no sube porque la tapia es mu alta, si le das una escalera ¿que hará?

—Que no es lo mesmo ¡vaya!

—Es pior; porque tu, dimpués de dar la escala, u harás la tapia más alta o meterás las gallinas en casa ¿no?

—Eso paece lo mejor...

—Pero aquí, himos hecho lo otro; dejale que coloque la escala a su gusto y hasta ponerle hoyicos p'apoyarla...

—Si te dejan hablar, hay que ver lo qu'eres capaz de icir...

—Lo mesmito que tu: lo que es, que hoy, t'ha tocao ser el de los aspavientos.

—¿No ves que si los dos icimos lo mesmo, no habrá conversación? ¿Quiés que cambiemos un rato?... agora, hablo yo y tu haces d'asustao...

—¿Está eso bien? que mi aconsejes que masuste? ¿es que los de una tierra donde hay un Repoyes y un Valenzuela, se deben asustar de naa? ¡repañio!

—Si no igo yo eso ¡recondriol!... si allá en Madrid, toos fueran como los que estamos aquí.. ¡arreglan el cotarro!... ¿qué te crees tu qu'haría yo? pos dejame de paisanucos y bajando la cabeza tirar p'adentro, con la cabeza u con los pies, con lo que juera... too menos estar asperando a que esta gadia de las piojeras hagan lo que quieran con mosotros... ¿podemos con ellos u no?... pues si poemos acabar de una vez ¡recontra! que paecemos...

—Para el carro... paecemos lo que quién que parezcamos; de más que saben los moros que si se mos pone en el moño... ¿no comprendes qu'hemos venfo aquí pa enseñales a ser presonas?

—¿Presonas has dicho?

—Presonas y que ya lo van siendo; ya saben dimtil...

—A propósito ¿que es eso de munisiones que tanto pasa hoy?

—Pos una cosa mu entretenfa: a tu, te encargan que hagas una obra; la escomienzas y a la mitá, te se cae el andamio y se matan los albañiles...

ARMAS Y LETRAS

—Y te estozolan los hijos y los amigos.

—No hombre, por que... tu te convences de que no sabes, dimites y te vas a tu casa, pa que otro venga a levantar el andamio...

—Oye; y eso, ¿no se pué hacer antes de que caigan los albañiles?

—¿Como te vas a enterar de que estaba mal?

—Que no, ea; que no sabes lo que te dices hoy: aquí, no le des güeltas, solo se pué hacer una cosa ¿es verdad qu'hay que enseñales y no quieren aprender? pos, ya se sabe; en la mano derecha, un palo; en la izquierda otro y asomando por el bolsillo, un cacho e pan ¿que quieren? les das el corrusco... ¿qué no quieren ¿pa que t'ha dao Dios las manos?

—Pero eso no lo pué hacer paisano...

—¡Y dale! pos que lo haga un sacristán; el que sea.

—No seas atropellao hombre; si too se pué hacer a güenas...

—¿A güenas horas, no?

—Por las guenas, tozudo; si too eso que nos han hecho ¿sabes tu por qué fué? por culpa nuestra... por que los provocamos... ¿a quién se le ocurre más que a nosotros que semos tontos, eso de llevar a Tizzi, comía y bebía...

—Me paece a mí que la cosa no es pa chunguearse, maño.

—Si no me chungueo... lo icía anoche el Capitán; que allá en los Madriles, cuando se supo la zapatiesta, dijo uno que siempre que se levanta es con el alba, que habría que averiguar quien había provocao a los moros pa qu'hicieran aquello...

—¿Y se ha sabido quien fué?

—Deben estarlo averiguando.

—Y en cuanto se sepa...

—Naa... ¿no ves que agora .. los paisanos, ya te dije el otro día que no tienen obligación de tener ciertas cosas y sabelas manejar... son res... responsables...

—¡Qué palabricas te sacas a lo mejor!

—Esa es del furriel, que sabes es catalanuco.

—¿Qué tié que ver eso?

—Pues que en catalán, *res*, quiere icir lo que nosotros icimos *naa*.

—Mía que si tu tuviás que enseñar a los moros lo que tienen qu'aprender... con las explicaderas que tienes...

—¿Té paece a tu que no me entenderían? no he visto yo naide que hablándole claro no comprenda ¿crees que no han entendío, lo que les dijeron en ese barranco de los regulares y del tercio? así hay qu'hablarles, pero sin aguardar a que vengan ellos a preguntar... ¿no va el médico a casa del enfermo?... pos si están malos ¿porqué nos hemos d'ir allá? y lo que tengan podrido, quitálo, como se hace con las cepas y aluego, a regar bien y a dar la labor qu'haga falta, pero dimpués de quitar lo malo: la podadera primero, no le des güeltas maño.

—¡Rediez, sí sabes!... ¿como vas a hacer too eso tan güeno, sin entrar en la viña?

—Entrando ¡recondrio!

—Sí, que te van a dejar...

—Pero es que si hemos de enseñales ¿no vamos a ser capaces de entrar manque no nos dejen?

—La verdad es que antes, cuando queríamos entrar en un puesto entrábamos.

—¿Sabes por qué era? porque solo mus decían ¡sus! y dimpués de darnos la llave u la palanqueta, lo qu'hicía falta, mos dejaban hasta estar dentro, pero, ahora... que si por la ventana, que si por la puerta, que si por el tejao, que no rompas los cristales, que tengas cuidao con el cerrojo... total, que te queas parao, sin saber qu'hacer y...

—Mientras el otro... ¡cachiporrazo!

—Tu lo has dicho maño.

—Güeno, pero ya paece que...

—¡Que vamos a tirar la puerta! no lo creas; se puen romper los clavos que tiene...

—¡Otra!... que se rompan...

—¿Y si los tié alguno compra?

—Que no te entiendo vaya.

—Pos déjalo; ya me entenderás, manque sea cuando tengas las mangas verdes.

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE





PODER DE AMOR POR JAVIER VALCARCE

Las ruas de aquel pueblo, quietas y de pronto torcidas por el sorprender de una revuelta, cual en un desperezo de su tedio, diéronse al bullicio de la socarrera comparsa de volatineros y payasos, con tan remozado estruendo de sus ecos, que parecieran ellos limpios y claros para repetirlos como los espejos de una antigua sala que desempañaran las manos afanosas de una nieta por mor de sarao... Chiflaban los músicos delante, lanzando la varia funámbula de sus notas en contorsiones y piruetas bien promulgadoras del dispuesto espectáculo, y bajo las cortinas amarillentas asomábanse las despeinadas cabelleras, que en el ajeteo de la mañana revolvía el aire, soltándolas, a modo de postreos rescoldos de pasión y de ensueño, ardidos en el lar oculto de sus almohadas, y alejábanse, tembleteando, los coches donde iban los insignes tintureros de la faramalla, con sus tiznes ellos, que simulaban en la cara rictus fijados y doloridos de bocas que se descoyuntaron riendo; ellas, con sus pomadas y aderezos de falsa refulgencia, tras los cuales asomaban las arrugas como una hilaza pobre comenzada a destejer...

Ya a punto del mediodía se recogieron los trasahumantes titiriteros a un obscuro parador, sabido de chalanés y trajineros, cuyas bestias, sujetas del ronزال en las argollas del patio, tacábanse con verdes ramajos, defendedores de tábanos y moscardones, que en el ardor veraniego del plenisol danzaban revolando como burbujas de un agitado hervir del aire caldeado.

Allí, en el antro revuelto de los pasillos y habitáculos que sahumbaba el aceite y oloreaba el vino,

escabulléronse por trampa a la vista de los rapaces venidos en su seguimiento, aquellos trasgos, hacedores de prodigios en el Dios sabe cuán embrujado sortilegio de su arte.

Tomaron los mirones; aguardáronse adentro los de la posada; el patio quedó en silencio a la hora de sestear, cuando los perros hociaban royendo en el escondrijo de los carromatos y caían apiñadas, pegajosas, las moscas sobre los manteles. Era una intensa calma de molicie, bajo un sol de justicia en que las cosas parecieran haberse de pronto quedado quietas, como ruedas paradas cuyos travesaños empotrarán en las rayas tendidas de sus sombras. Fincáranse las barandas de la solana, y las vigas del alero, y los postes entrecruzados de los pérgulos de que colgaban tensos los racimos con sus grandes hojas festoneadas, cual antiguos ventanales en que los pámpanos pusieran el capricho galante de un lazo de sus cintas...

Osám, el tirador gallardo y certero que todas las noches asombraba al cico poblerino con las maravillas de su destreza, apareció entonces. Despacio, evitando los rechinamientos de la escalera, así advertidora del entrar y salir de gentes en la casa, bien que al modo de un precavido timbre, muy en lugar allí donde cualquier fianza fuera mucha, el titiritero bajó hasta el corral solitario y esperó en él. Pasaron incontables los momentos, escondidos, callados. Al fin, en la cancela abierta del zaguán, se presentó Rosiña, la hija guapa como un *carabel* que le cantaban al viejo patrón los copleros andadores de caminos cuando en las ferias llegaban por la fresca a su alberguería, atados al zurrón los

violines, de cuyos arcos destrenzados partía siempre la flecha ingenua de un madrigal.

Osám, el vigoroso, se acercó a ella. Y quedó deslizando como un silbo las palabras por mejor enroscarlas en esa sierpe diminuta y tentadora que forman los oídos cándidos de las mozas, díjole con un habla torpe de extranjero:

—¡Oh! Que tardaste de venir, pienso; creí que nunca no venías...

—Tardarlo más debiera... Hago mal, Osám hago mal.

—¡Mi Dios! ¿Ahora te pesa de me quererme a mí?

—No sé. ¿Qué importa saber eso si ya te quise, si te quiero!

Respondió ella ahogadamente, sin tono de cabal conciencia, vagos los ojos como si no vieran estremecidos los labios como si les durase la sensible vibración de aquel beso, tocado cual un golpe en el borde sonoro de una copa... Sentáronse en un banco. Por cima doselaban las cepas de una parral familiar, fuertes como venas de lumbre al sol.

Platicaron largo: él, con su charla pulida de galán corredor de mundo, donoso en decir y sabio en gracia; ella, porfiándole a momentos, recelosa, mientras en el rumor amable de aquella voz tan extraña por su acento al oído y al corazón, evocaba los días acabados de ir en que adentrara por la venta el regocijo de la comparsa y viera luego a Osám en las noches del circo, luminosas, y le oyera después, volviendo juntos, aquella voz rara, desconocida de tan lejos... De improviso, el mancebo rompió su embebecimiento.

—¿Pero qué te pasa, me digas tú?

—Nada, Osám...

—Estás triste de me querer a mí, sí... o no me quieras pienso.

—Sí, Osám...

—De entonses...

—Pero tú te vas dentro de una semana, antes...

—¿Es por eso que estás triste, mi nona bonita?

—Y después, ya se sabe, otras tierras, Dios sabe dónde, y yo... ¿qué voy a ser yo entre tanta gente que te ensordecera de aplausos la memoria, para que no te acuerdes de mí, santísimo, más allá de Castilla, no?...

—Vengas conmigo, pues—contestó el mundano, seguro de la negación de Rosiña—. Era para él aquella frase repetida siempre en el remate de sus episodios de amor, como llave que cerraba la boca de las mozas ante lo desconocido, mientras dábale a él la libertad primero y la impugnidad después...

Rosiña la mansa, la dócil galleguita transfigurada, miró al farandulero con fijeza tan resuelta, que las pupilas negras se le dilataron como si abarcase



en un esfuerzc de ansia y de deseo todo el camino que iba a aquel país extraño donde se hallaba la voz de Osám atraedora, y repuso con inesperada decisión, pronta:

—¿Serías tú capaz de llevarme?

—Ahora... así de en seguida—dijo Osám con cierta vacilación—no puedo yo, pienso... Es preciso aguardar que gane para los dos, trabajando en grandes ciudades, y sea yo afamado más...

—No hace falta. Yo trabajaré contigo lo mismo que tú, tan bien... ¡Oh! Verás. Cuando salís todos a las tardes, cojo el rifle de tu cuarto y vengo aquí sola y aprendo... Verás, verás...

Dióse a correr la artesana y desapareció por un sendero de la cortiña hacia el caserón negruzco.

Osám quedó vagamente temeroso de aquel ánimo encogido y manso de mujer nortaña, que se le imponía de pronto.

En la soledad de la huerta, un viento leve meneaba ya las ramas de los manzanos, estricándolas

de la siesta. Rosiña volvía con un rifle pequeño, fino como un juguete, y el disco multicolor de la diana, que colocó rápidamente sobre un árbol cubierto de leyendas y nombres inscritos por novios, parroquianos en tardes de domingo, que hacían parecer al tronco un viejo pedestal de monumento al Amor, en cuyo remate pondría algún nido su grupo triunfante... Luego a distancia, la moza se arqueó de espaldas al blanco, conforme hacía Osám, hasta mirar con la cabeza abajo, tiradas en el escorzo las trenzas como dos bridas de ímpetu sueltas. A un golpe, rapidísimamente, el balín fué

a clavarse en el centro mismo de los círculos pintarrajeados, oscilando a la vista igual que si rodasen en un vértigo ilusionador y desvariado.

—¿Ves? ¡Como tú!—profirió la rústica amazona, irguiéndose radiante.

Osám, el asombroso, tembló el hablar torpe, como si rasgase en él la falsa cobertura de un engaño, para responder pronto, conmovido y suspenso:

—Sí, sí, mi brava. Marcharemos juntos los dos, camino a ya a recorrer el mundo...

Santiago de Compostela, Agosto de 1916.

COSAS DE MARRUECOS

Invocación rifeña.

¡Alá! Envíanos el granizo que destruye los sembrados. Castíganos con la langosta que devora nuestras cosechas. Pero presérvanos del Majzen y de sus soldados, que violan a nuestras mujeres, que abusan de nuestros hijos, que arrasan nuestros árboles y queman nuestras casas.

Uno que no quiere huríes.

Durante la campaña de Melilla de 1909 acudió con la jarka de una de las kábilas del interior del Rif, un viejo jeke que venía a tomar parte con sus hijos en la guerra.

Hubiera preferido quedarse en el aduar kabileño, que andar en trotes guerreros que no cuadraban ni con su edad ni con su pacífica condición natural. Pero sus hijos le indujeron, diciéndole:

—Vamos, padre, al «yihad» (guerra santa). Si mueres, cada día tendrás en el Paraíso una nueva hurí.

Animado por esta seducción, el viejo requiere la olvidada espingarda y marcha a Kalaia, siguiendo a sus hijos.

Tan luego llegan, se entabla un rudo combate, en el que las balas silbaban en derredor suyo, que era un inquietante placer.

El viejo no da pruebas de un gran valor, y en lo más recio de la pelea se retira dando cobardemente la espalda al enemigo.

Los hijos, asombrados, le quieren animar y le dicen:

—¿Qué haces, padre? ¿Dónde vas? ¿No quieres a las huríes?

—No, gracias,—responde sin vacilar el vejete.—Con vuestra madre tengo bastante.

Y, sin detenerse más, emprende el camino de su kábila, sin deseos ilusorios, contentándose con la compañera que la Providencia le deparó como madre de sus hijos.

Codicia judía.

Los judíos tienen, como se sabe, un alto espíritu de imitación. Serán incapaces de descubrir nada nuevo bajo el sol, pero en cambio tienen desarrollado, cual ningún otro pueblo, el afán de asimilación.

Un comerciante europeo de la costa, deseando estimular la extinción de la langosta que había caído por aquellos campos, decidió pagar a real moruno, cada saco que se le trajese lleno de los terribles insectos.

Unos judíos, creyendo se trataba de un pingüe negocio, decidieron acaparar la langosta, pagando el saco unos céntimos más. Pero pasaron las semanas y, como el comerciante europeo no embarcaba su mercancía, los hebreos no sabían qué hacer de los centenares de sacos que llenaban sus almacenes; por lo que decidieron ir a ver al dicho comerciante, por si quería comprarles los sacos. Pero se volvieron chasqueados, pues no compraba langosta, más que para contribuir a su extinción y no para hacer negocio. Lo mejor que podían hacer, es lo que él hacía; esto es: arrojar los sacos al mar y darse por muy satisfechos con el bien que habían hecho a la agricultura marroquí. Los comerciantes hebreos estuvieron a punto de desmayarse, y dícese—pero debe de ser una inverosímil hipérbole—que, por no perder el importe, se estuvieron comiendo la langosta, durante muchos meses.



(TRADICIÓN ARABE, CORREGIDA Y AUMENTADA)

Hace unos cuantos años, no puedo precisar el número, pero sí que son muchos, en una tarde de los primeros días claros, ardorosos, brillantes y azules del mes de Julio, reinaba en el zaqui-zamí de Mohamed-Sellah agitación y movimiento extraordinarios.

Enclavado en uno de los más populosos aduares marroquyes, su enjabelgado exterior, de deslumbadora blancura, le daba el aspecto de un enorme copo de nieve, que no podían derretir los rayos del sol africano.

* * *

Los grandes y majestuosos barcos de una compañía inglesa esperaban en Mogador el momento solemne de levar anclas y cruzar las agitadas ondas con rumbo al Cairo, desde donde la masa de peregrinos árabes que a bordo de aquéllos iban, se dirigía a cumplir la devoción, impuesta por el Koran, de visitar en la Meca el sepulcro del Profeta, y poder esperar de tal suerte, hecho un perfecto *hadj*, la ocasión propicia de tomar posesión del paraíso ofrecido, lleno de hurfes, pomas y flores.

Mohamed-Sellah, estaba próximo a cumplir los treinta años, edad precisa para realizar la peregrinación en cumplimiento del sagrado mandato.

Y éste y no otro era el motivo de la agitación que en la citada fecha se observaba en el zaqui-zamí enjabelgado y reluciente de Mohamed-Sellah.

En todo el Imperio se recuerdan aún las fiestas que precedieron y acompañaron la boda de la hermosa Amina, tipo encantador de la mujer africana.

Cuando, por primera vez, la nube que entoldaba el sol de su cara cayó ante el joven Mohamed-Sellah, pudo éste convencerse de cuánto habían acertado sus padres, [al elegirle, según costumbre de raza, la estrella de su hogar; cuán pocos eran, para lo que se merecía, los tapices de Rabat, los almíba-

res y vestidos llenos de galones de oro y plata, los pañuelos listados con mil colorines, las frutas secas y chales esplendorosos que había rendido a sus plantas, y cuán pequeñas fueron las enormes cargas de pólvora que, pregonando sus gracias, se habían corrido en su honor.

Aquel nido de amor, podía asegurarse que en nada se parecía a las demás casas morunas, sus compañeras. Con ella, la hermosa Amina logró conquistar toda la supremacía de la mujer europea, y allí no imperaba más luz que la de sus ojos, más voluntad que la suya, ni más pensamiento que los que se cernían debajo de aquella ondulante cabellera de azabache, con tornasoles azulados, como los plumajes de los pájaros.

En medio de aquella placidez oriental, faltaba, no obstante, algo; faltaba un retoño de aquel árbol corpulento que perpetuase la dinastía de los Sellah, célebre por sus bizarrías militares en las frecuentes y tradicionales guerras intestinas, que son como la nota característica de la vida de los indolentes mahometanos: un niño de quien hacer un nuevo creyente en la doctrina de los almohades.

La divina voluntad del Profeta podría, sin duda, triunfar de la naturaleza estéril, y seguramente no habría de ser indiferente a los ruegos que un peregrino le hiciera. Y resignado con su suerte; con el pensamiento fijo en la ley de Mahoma; esperanzado con la certeza del triunfo, y con el alma en los ojos de Amina, partió para la Meca, en uno de los buques ingleses, el grande, el terrible, el hermoso Mohamed-Sellah.

* * *

La expedición religiosa del creyente duró cerca de un año; en cuyo tiempo sufrió penalidades sin cuento, y más de una vez estuvo a punto de perder la vida. Todo lo daba, no obstante, por bien empleado.

¿Qué pasó en el interregno, en el palacete enjalbegado de blanco?

Las murmuraciones populares dicen que un mozo de un aduar fronterizo conoció en la Mezquita, durante la noche del 27 del mes de Ramadán y antes que el cañón anunciase la nueva luna y la Pascua, a la sin par Amina, quien, por su parte, cedió tan fácilmente a aquellos criminales halagos, que, al regresar Mohamed de la tierra, para él santa, pudo ver con sorpresa, que había el Profeta realizado, más rápidamente de lo que hubiera querido, el milagro que sus ansias solicitaron en favor de un vástago que continuase las gloriosas tradiciones de la invencible raza de los Sellah.

Si el mundo se hubiera desplomado sobre la cabeza del viajero, seguramente no le hubiera producido sensación mayor que la que le causó aquel milagro tan rápidamente y en circunstancias tan anormales concedido.

Creyendo que Mahoma se había excedido en la satisfacción de sus peticiones de una manera bastante turbia para su tranquilidad, iba ya con el su alfanje curvo y adamasquinado a segar de un tajo la cabeza de aquella mujer, que se ofrecía como víctima propiciatoria del poder del Profeta, cuando, arrojándose a los pies del marido ultrajado, le detuvo el golpe, diciéndole entre sollozos:

—Alah es grande y no consentirá que se me mate sin oirme. Con tu ausencia, lo inesperado, lo anómalo, lo imprevisto; una horrible nevada cubrió nuestra casa.—«¡Milagro!»—grité yo,—y concebí este niño que no tiene otro padre ¡créeme! que la nieve.

* * *

Pasaron unos cuantos años.

El hijo de la nieve iba redondeando su hermosura, que en verdad no se asemejaba ni a la de Mohamed-Sellah, varonil y cetrina, ni a la de Amina, bronceada y sedosa... ni a la de la nieve, de blanca ofuscadora.

Quien hubiera deseado hacer el retrato plástico y carnal de esa abstracción que se llama rencor africano, no habría tenido más que fijarse en Mohamed. Este, desde su regreso de la Tierra Santa y conforme, aparentemente, con la voluntad del Profeta y el poder sobrenatural de la nieve, no volvió a hablar más del asunto que constantemente le roía las entrañas y le destrozaba el corazón.

Pero una tarde de los primeros días, claros, ardorosos, brillantes y azules del mes de Julio, Mohamed bajó hasta las orillas del mar a despedir a una nueva expedición de peregrinos para la Meca, que conducían unos barcos ingleses, prolongando después su paseo vespertino, en compañía del niño



nacido tan prodigiosamente, hasta las murallas de la población; y ya las estrellas temblorosas empezaban a fulgurar en el limpio cielo de Marruecos, cuando el rencoroso moro penetraba, completamente solo, en su zaqui-zamí vestido de blanco, sin preocuparse en limpiar de su alfanje curvo, unas manchas sanguinolentas.

—¿Y el niño?—preguntó angustiadamente Amina, presagiando alguna catástrofe.

—¿Qué niño?

—Nuestro hijo.

—¡Ya! ¿El hijo de la nieve?—replicó Mohamed, con musulmana tranquilidad.—¡Con el sol de esta tarde, se ha derretido! ¡Estaba escrito!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

COSAS DE CUERNOS



Por ANTONIO PASO (hijo)
y CELSO LUCIO

Una calle. Personajes: Efigenio y el Tufos, este último con varios costurones en la cara y un brazo en cabestrillo.

- EFIG. ¡Adios Tufos!... ¿Pero oye, qué te pasa?
¡Maldita sea la mar!... ¿Qué es lo que veo?
¿T'has hecho aviador, y sin pensarlo,
aterrizaste en duro antes de tiempo?
¿Es que vienes del Somme? ¿O es que Pura,
aquella socia que en mitá Febrero
dejaste abandoná, te ha echao la vista
y te ha hecho una *interviue*?... Pues si es eso,
tié más razón que un Santo, por ¡concho!
aquello que la hicistes fué muy feo...
¿No respondes?... pues, chico... ni palabra.
¿Es que lo quies saber?
- TUFOS. ¡Es que lo quies saber?
- EFIG. ¡Pus ya lo creo!
- TUFOS. Te explanaré el asunto en dos palabras,
que la parienta espera, y hace tiempo
que sin tener por qué—tu la conoces—
ha cambiao de repente, y tiene un genio...
que ni un grecorromano en plena lucha;
y eso que tú ya sabes...
- EFIG. Pero, bueno;
podías terminar con el preludeo
y empezar de una vez.
- TUFOS. Mira, *Efigenio*:
ten calma, no seas *súpito* y escucha.
La razón de encontrarme así de feo
fué una cuestión...
- EFIG. ¿Con Paco el de la Rita?
- TUFOS. ¡Pero te quies callar!... Fué que el «Talego»,
el «Raspa» y otros socios de mi tierra,
tocante a la afición en el toreo
—y que a guapos ni el Gallo les iguala—,
después de reunirnos, acordemos
que, a escote alquilásemos la plaza
de Tetuán o Vista Alegre, y luego
formar una cuadrilla y echar pajas
para ver quién mataba los becerros.
¿V la paja más larga?...
- EFIG. Fué la mía.
- TUFOS. ¡Siempre tuvistes *chamba*!...
- EFIG. ¡Ya lo creo!...
- TUFOS. Se organizó la cosa y en seguida
se hicieron los *pogramas* del festejo;
se dedicó la fiesta a cuatros socios,
de esos que sabes tú que tien dinero,
y nombramos pa dirigir la lidia
a seis gachís, que si las ve San Pedro,
estoy seguro de que da las llaves
a San Pascual, u a otro compañero,
y se toma una grada y se adormila
en viendo aquellas caras...
- EFIG. ¡Qué flamenco!...
- EFIG. ¡Rediez!... Pa *descripciones* no hay quien te eche
la pata...
- TUFOS. No me mientes ese remo
y escucha y ten un poco de paciencia,
que ahora viene la lidia.
- EFIG. Ya *enmudezco*.
- TUFOS. Pus verás, van y suenan los clarines
y con un pasodoble callejero
salimos a la arena sonrientes,
pero la procesión ibá por dentro;
sacude el pañolillo el presidente,
y sale un capirote del chiquero,
con *ca* cuerno así próximamente,
y perdona si al señalar molesto;
me dirijo y le doy cinco verónicas
¡así!... y ¡así!... ¡pero *clavoo* en el suelo!
estalla una ovación y en seguidita
cojo un par de las cortas, para un quiebro,
me acerco poco a poco al becerrete,
hinco las dos rodillas en el suelo,
me atan de pies y manos y me vendan
los ojos, bien vendaos, con un pañuelo,
y después de *tos* estos requisitos
le cito, meneando mucho el cuerpo;
el animal se arranca cual la flecha
—yo no le veo venir, pero le siento—,
y dando un salto como el de un gimnasta
salto por cima de él, dejando puesto
un soberano par en el morrillo,
que vale una ovación a este moreno.
Oye, chico... pero eso es más difícil
que acaben la Gran Vía en siete inviernos.
- TUFOS. Lo malo fué que como estaba atado
se revolvió el morucho, y al momento
me tiró cinco o seis puñaladitas,
que al ser más *vivo* me lo deja muerto;
me *trincó* de la faja y meneando
la cabeza como un *ventiladero*,
¡Ay mi madre!... me dió una de vueltas
que acabé *emborrachao*.
- EFIG. Difícil veo
que tú con cuatro u cinco u siete vueltas
te emborracharas, porque...
- TUFOS. *Mid* Efigenio...
- EFIG. No me digas palabra, que sé que eres
en *custiones* de alcohol un *sumidero*;
te tragas cuanto viene, sin persalo
y después... como si ná... ¡tan fresco!
- TUFOS. ¿Pero oye tu? ¿Qué es eso de insultarme?
- EFIG. ¿Pero yo te h'insultao?
- TUFOS. Por lo que veo.
Pues me llamas borracho; y eso, ninchi,
no lo he de tolerar; ¡no lo tolero!...
Y la culpa es la mía que te digo
cosas que no te importan.
- EFIG. ¡Pero fresco!
- EFIG. ¡Que te estás propasando!
- TUFOS. ¡Vaya un socio!
- EFIG. ¿Pero cómo te dejan andar sue to?
- EFIG. ¡No me enciendas la sangre, Cayetano!
- TUFOS. ¡No me vuelvas a hablar más, Efigenio;
¡Que te diviertas!
- EFIG. ¿Pero escucha?... ¡Mira!...
- TUFOS. ¡Anda de ahí! ¡Que te den... muchos recuerdos.

PIERRE LOTI, HA MUERTO

Se sabía que no podía vivir mucho tiempo, pero nadie pensaba en la realidad tan próxima de su fallecimiento. Para la literatura francesa la pérdida ha sido irreparable. ¡Loti no vive ya! pero sobrevive su hermosa obra.

Su nombre, célebre ya, ha venido a ser prodigioso a su muerte. Sus publicaciones, verdaderas joyas de inmenso valor, son apreciadas como verdaderos tesoros, lo mismo para el lector humilde como para las más fastuosas bibliotecas... *Aziyade, Ravaku, Novela de un Spalú, Mi hermano Ives, Pescador del Islan-dia, Crisantema, Fantasmas del Oriente, El Desierto, Jerusalén, Galilea, Ramuncho. Las desencatadas, Hacia Is-pahan, El Libro de la piedad y de la muerte, Los Últimos días de Pe-kin, La Muerte de Phi-lae, El Peregrino de An-kor, La novela de un ni-ño...* Páginas llenas de palabras sencillas, de suprema belleza y de visiones eternas.

La imagen de la vida del gran peregrino que acaba de morir, está condensada en los días que precedieron a su fallecimiento. Su alma atormentada, sensible hasta la exageración, tan sencilla y tan complicada, no le dejó nunca en reposo. Su cuerpo gastado no podía más, pues su alma, no educada por los años, ni endurecida por la experiencia, había permanecido insaciable. Siempre ansiaba novedades, colores, paisajes y nuevos aspectos de la naturaleza y de la vida.

Entre los sitios y lugares donde había vivido, sintió Loti un culto apasionado por dos de ellos: *Hendaya* y Saint-Pierre-d'Oléron. Hendaya contiene el último suspiro de su alma; Saint Pierre-d'Oleron ha

recogido su cuerpo. Hacía más de treinta años que había expresado el deseo de que en el declive de su vida se le reservara un lugar en el viejo solar de sus mayores (La Casa de las águilas del Castillo de la Bella o Bosque durmiente).

En Agosto de 1919, él se ocupó en realizar su deseo. Escribió al Municipio de Saint-Pierre; re-unido el Consejo municipal, emitió informe favo-

racible dejando al Mu-nicipio futuro el cuida-do de conceder a Loti la autorización que so-licitaba. Después, en 1921, hizo colocar una piedra en el sitio exac-to que había escogido para su reposo.

Bajo ella descansa Loti entre el mirto, del que daba ramas a sus ínti-mos, y la palmera *cha-mærops* que él hizo lle-var el año último.

No hay en ella más ins-cripción que su nombre: el del que ha cubierto a sus obras de gloria.

Ha querido reposar en el lugar en que pasó su infancia, en el jardín

donde jugó y recibió los primeros albores de su existencia y donde se le mostró la vida tan bella a este visionario. Está cerca de la Casa de las Águilas, la que para él, bajo todos los cielos había conservado, como eterna ilusión, sus hechicerías y sortilegios.

Causa asombro que el que ha tenido el mayor gusto por el lujo, por lo extraordinario, por los colores más raros del exotismo, haya deseado esta tumba de asceta.

En ella duerme, bajo la admiración universal, el poeta de los bellos cielos, el romancero de las salidas de sol y de los perfumes de la luna clara y de las noches radiantes.



Su apasionamiento por las costumbres y países orientales, llevaba al gran maestro Loti a vivir y vestir en su intimidad, con arreglo a aquellos países, de los cuales fué el mejor cantor.





EL PRIMER AERONAUTA FRANCÉS



LA PRIMERA ASCENSIÓN EN GLOBO

El Club aéreo francés ha organizado en el Jardín de las Tullerías, una curiosa y pintoresca reconstitución con motivo de su concurso al Gran Premio anual: de la ascensión en globo libre efectuada en 1.º de Diciembre de 1783 por el físico francés Charles. Un globo, fiel reproducción del que pilotó Charles, se elevó en medio de los aplausos de miles de espectadores que rendían de esta manera homenaje a la memoria del primer aeronauta. El conde de La Vauls, vicepresidente del Club aéreo de Francia, en traje de la época, representando a Charles y M. Gasnier del Fresno a su colaborador Roberto, se colocaron en la barquilla, mientras M. Lallier representaba a uno de los hermanos Montgolfier, que había asistido a dicha ascensión.

Jacques-Alexandre-César Charles había nacido en Beangency el 12 de Noviembre de 1746. Desde su juventud dió muestras de brillantes dotes. Después de notables estudios literarios, se entregó con pasión a la música y a la pintura. En el empleo que ejerció en el Tesoro público, descubrió una verdadera ocasión por las ciencias, donde no tardó en hacerse un renombre. Sus cursos de física en el Louvre eran seguidos por los más ilustres sabios de la época y Franklin, maravillado por la precisión de sus experiencias, manifestaba: «La naturaleza no le rehusa nada; parece que le obedece».

Ninguna cosa más emocionante que leer el relato que Charles hizo de las etapas de su maravilloso descubrimiento.

Después de una larga serie de experiencias sobre los medios de navegar en el aire, la humanidad, a fin del siglo XVIII, lograba su realización. Sturmius y el Padre Lana, en el siglo XVII, el Padre Gallien, en 1557, entrevieron ya en sus obras, de una manera bastante precisa, los principios de esta invención; Charles mismo, en sus cursos de física de 1781 y 1782 admitía la posibilidad de moverse el hombre en los aires como el pez dentro del agua. «En la memoria que leyó a la Academia de Ciencias, disertando sobre las diversas propiedades del gas inflamable, haciendo observar su ligereza por la experiencia conocida de la burbuja de jabón, sacaba la conclusión siguiente: que encerrando este aire en una envoltura ligera e impermeable el hombre podría elevarse en la atmósfera». Se me escuchaba sonriendo y no se creían mis proposiciones más que como una vaga quimera del espíritu, posible en el fondo, pero impracticable en los hechos. Por mi parte no hice más objeciones;

el principio era incontestable y me era suficiente saber que no había incurrido en un error. ¡Bien lejos estaba de pensar entonces que algún día pudiera dar públicamente la demostración más auténtica!

Así, cuando en 5 de Junio de 1783 llegó a París la noticia extraordinaria de que en Annonay los hermanos Montgolfier habían hecho elevar en los aires un globo de 110 pies de circunferencia, en presencia de un grupo de sabios, en cuya cabeza figuraba Faujas de Saint-Fond, discípulo de Buffon, se abrió una suscripción en el café Caveau, del Palais-Royal, con el fin de repetir en París la experiencia de Annonay; naturalmente, dirigida por el físico Charles.

Sin perder tiempo en averiguar qué gases habían empleado los hermanos Montgolfier para inflar su globo y elevarse, Charles construyó uno esférico de seda y caucho de 12 pies de diámetro, y el 24 de Agosto de 1783 inventaba todas las piezas del productor y depósito de hidrógeno, tales como los empleados en la actualidad.

Esta experiencia causó un gran entusiasmo en París y tal espanto en los campos, que hubo que tranquilizar a los poblados. Charles y su compañero decidieron repetirla en grande. Fué abierta una nueva suscripción y un mes después, el 26 de Noviembre, fué construido un globo de seda de 9 metros de diámetro. Su inflamiento comenzó el 27 y no fué terminado hasta el 1.º de Diciembre en que a la 1'40 horas surcaba los aires. El relato de un testigo hace revivir estos inolvidables instantes: «Doscientos mil hombres levantan los brazos hacia el cielo en actitudes de sorpresa, de admiración, de alegría y de asombro: los unos lloran de temor por los valientes sabios; los otros caen de rodillas, sofocados por la sorpresa, el terror y el enternecimiento, todos los espectadores estaban identificados a los aeronáuticos, quienes sosegados y tranquilos saludaban al pueblo con sus banderitas, por encima de las torres. No; jamás la física ha creado sobre la tierra un momento más extraordinario; más propio para llenar de entusiasmo los corazones».

Por este testigo se puede juzgar lo intensa que fué esta emoción. La segunda ascensión fué más peligrosa, pues el globo, aligerado del peso del segundo viajero, subió a 1.700 toesas, y si Charles no hubiera hecho por hábiles maniobras, salir el gas por el apéndice o tubo de escape, la ascensión le hubiera costado la vida.

«...Yo veía con impaciencia correr el tiempo y

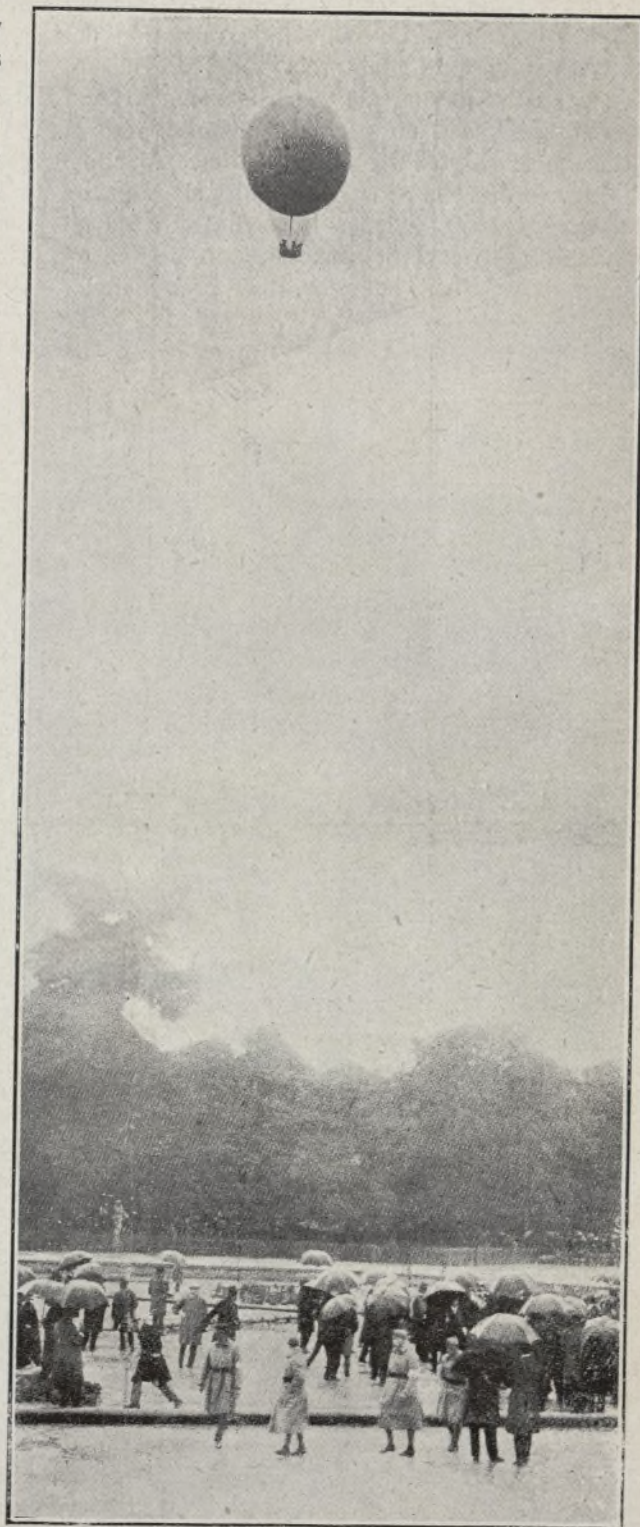
ocultarse el sol. Había calculado la altura a que podía elevarse la ligereza específica de 130 libras que debía adquirir por el descenso de M. Robert y dije al duque de Chartres: «Señor, yo parto» y dije a mis paisanos: «amigos míos, retiraos todos al mismo tiempo de los bordes de la barquilla, cuando os haga una señal». Hice la señal con la mano, ellos se retiran, y yo me lanzo al espacio como un pájaro. En diez minutos estaba a más de 1500 toesas; no veía ya los objetos terrestres ni las grandes masas de la Naturaleza. Desde que partí fui tomando precauciones contra el peligro de explosión del globo y anotando las observaciones que me había trazado. A fin de observar el barómetro y el termómetro colocados en la extremidad de la canastilla, sin cambiar el centro de gravedad, me arrodillé en medio con el cuerpo hacia delante, mi reloj y un papel en la mano izquierda y mi pluma y el cordón de la válvula de escape del gas en la derecha. El globo que había salido sin llenar del todo fué hinchando insensiblemente. Bien pronto el aire inflamable empezó a escaparse en grandes oleadas por el apéndice. De tiempo en tiempo tiraba de la válvula para dar salida al gas, pero el globo continuaba en su ascensión. En cuanto a mí, expuesto a los rigores de la temperatura pasé en diez minutos de la de primavera a la de invierno. El frío era vivo y seco, pero soportable. Interrogué, por así decir, todas mis sensaciones, y puedo asegurar que en este momento, no noté nada desagradable en el paso súbito de dilatación y temperatura. Aunque el barómetro cesó de bajar, señalé 18 pulgadas y 10 líneas. Esta observación es la de la grande rigidez. El mercurio no sufrió ninguna oscilación sensible; deducí de esta observación que estaba a una altura aproximada de 1524 toesas...

«...Al cabo de algunos minutos el frío me imposibilitó tener la pluma entre los dedos...

Incorporándome en el centro de la barquilla me abandonaba al espectáculo que ofrecía la inmensidad del horizonte. Veía que yo era el solo cuerpo que resplandecía, iluminado por los rayos del sol y que todo el resto de la naturaleza permanecía sumergido en la sombra...

«Grandes fantasmas extendían por todos los lados sus sombras sobre la naturaleza y parecían avanzar hacia mí como para contemplar al nuevo habitante del espacio. Ningún ser viviente —decíame—, ha penetrado en estas soledades; en ellas no se ha oído la voz del hombre. Dí algunas voces para turbar el silencio que reinaba a mi alrededor. La calma que me

rodeaba en esta inmensidad, daban a mi alma las sensaciones más nuevas y más profundas.



Momento de elevarse el globo reconstruyendo el momento de la primera ascensión efectuada por el físico Charles y su colaborador Robert en 1783.

»Estaba abandonado a este éxtasis contemplativo, cuando un dolor extraordinario que sentí en el interior del oído derecho y en los maxilares, me volvió a la realidad. Lo atribuí a la dilatación del aire contenido en el tejido celular del organismo, a causa del frío que me rodeaba me cubrí con una gorra de lana que estaba a mis pies; pero el dolor no se dispó hasta que no fuí descendiendo...

»Me acordé de la promesa que hice al duque de Chartres, de tomar tierra a la media hora de mi salida, y aceleré el descenso tirando de vez en cuando de la válvula superior. Bien pronto el glo-

bo, medio vacío de gas, no parecía más que un hemisferio. Apercibí un buen sitio sin cultivo, cerca del bosque de la Torre de Lay. Entonces precipité mi descenso; llegado a 20 o 30 toesas cerca de tierra, arrojé dos o tres libras de lastre que me quedaba y que había guardado cuidadosamente. Quedé por un instante casi estacionario y vine a descender en el sitio que había escogido».

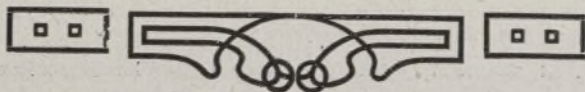
Ningún aeronauta puede leer este relato sin emocionarse profundamente; encuentra en él, descritas con arte perfecto, todas las sensaciones que haya podido sentir.

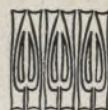
ESPECTÁCULOS MILITARES



En el Salón Olympia de Londres se organizan periódicamente espectáculos militares de gran visualidad, que atraen a multitud de gentes. Estos espectáculos tienen carácter instructivo, pues en ellos se presentan a la crítica de las gentes los últimos procedimientos del arte de la guerra.

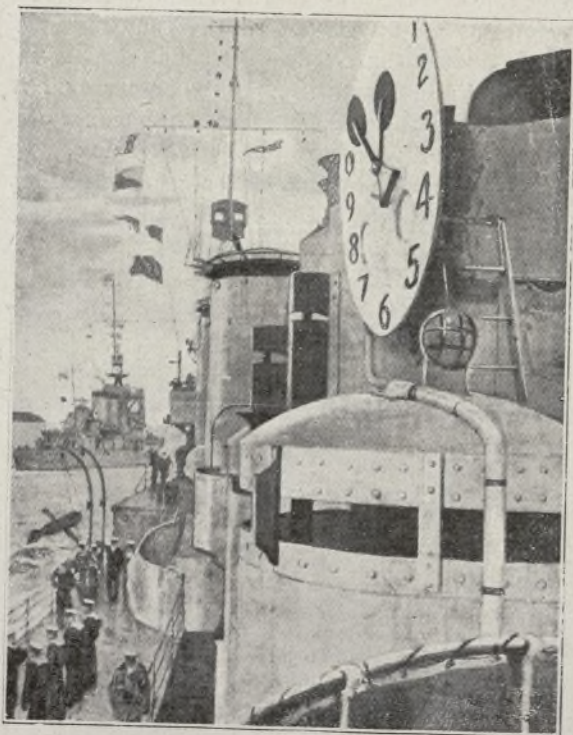
El presente grabado representa el último espectáculo, donde con el concurso del ejército se ha ofrecido el interesante episodio de la persecución y abatimiento de un zeppelin por los cañones antiaéreos, auxiliados por potentes reflectores.





Desde la evolución que produjo los navíos de guerra de casco metálico y blindaje, no se había producido hasta el comienzo del siglo XX ningún encuentro importante entre flotas enemigas, que permitiese juzgar con pruebas evidentes el valor efectivo de este nuevo material.

La batalla naval de Tsushima, en que la armada japonesa dió cuenta tan pronto y tan completamente de la rusa, a pesar de la resistencia, heroica en muchos puntos, aportó por vez primera a los marinos y a los ingenieros, algunas indicaciones acerca de lo que podía esperarse de los navíos acorazados que existían en aquella época, y el modo como llenaban el papel ofensivo y defensivo, igualmente que desde el punto de vista puramente marino. Pero esas indicaciones estaban maculadas por un error de hecho; pues la flota nipona se componía de buques casi homogéneos, relativamente modernos todos y concebidos con vistas al combate; mientras la moscovita, era una especie de museo formado por navíos de todas las concepciones y de todas las edades, condenada a sucumbir de modo previsto.



Los modernos torpederos llevan en sitio visible el disco que sirve para corregir la precisión del tiro de sus cañones.

En estas condiciones, las lecciones suministradas por el combate de Tsushima, aunque muy instructivas, no podían tener toda la importancia que hubiera sido de esperar.

Sin embargo, los expertos en construcciones navales, sacaron de él conclusiones interesantes sobre ciertos puntos, como los efectos considerables del proyectil de gran capacidad de explosivos, empleado por los japoneses, contra las partes no acorazadas de los barcos y el personal no resguardado: lo nocivo del gas de las granadas y otros, contra el personal ocupado en los fondos de los buques. Estos gases se introducían por las mangas de aireación. También se conoció la potencia de los proyectiles japoneses, etc.

En el curso de la guerra europea, una multitud de encuentros entre buques de todos tamaños y tipos, han proporcionado, con respecto a los problemas del material naval, enseñanzas preciosas, desatendidas a menudo.

Pero, se experimentaron submarinos, destroyers, cruceros ligeros y acorazados, en la gigantesca batalla de Jutlandia librada entre las escuadras inglesa y alemana completas, con sus peripecias, sus incidencias, sus encuentros parciales entre navíos de todos los tipos. Sus terribles y frecuentes catástrofes, encierra todas las lecciones posibles sobre el valor y los defectos del material moderno. En su estudio hay que buscar las enseñanzas.

Insuficiencia del espesor del proyectil de perforación inglés.—El tipo adoptado por el almirantazgo británico, para atravesar y destruir por explosión las corazas de los flancos de los barcos enemigos, era de paredes demasiado débiles, resultando que los proyectiles se rompían y estallaban al contacto con las corazas, o al atravesarlas.

Producían efectos nulos o mucho menos graves que los que se había previsto, destinándolos a estallar más adentro del blindaje y después de perforarlo.

Distancia de tiro y alcance de los cañones.—Antes de la guerra existían opiniones divergentes entre los expertos navales, acerca de la distancia a que se acometerían las escuadras enemigas.

La mayoría pensaba, sin embargo, que esta distancia sería considerable y que los adversarios se verían obligados a atenerse al alcance de las piezas para evitarse el ser tocados por proyectiles dotados aun de demasiada fuerza viva, que produjeran perforaciones en las corazas de los cos-

tados y las funestas averías que de ellas resultarían.

La opinión general de los partidarios de esta teoría, era que los combates se librarían a unos quince kilómetros de distancia.

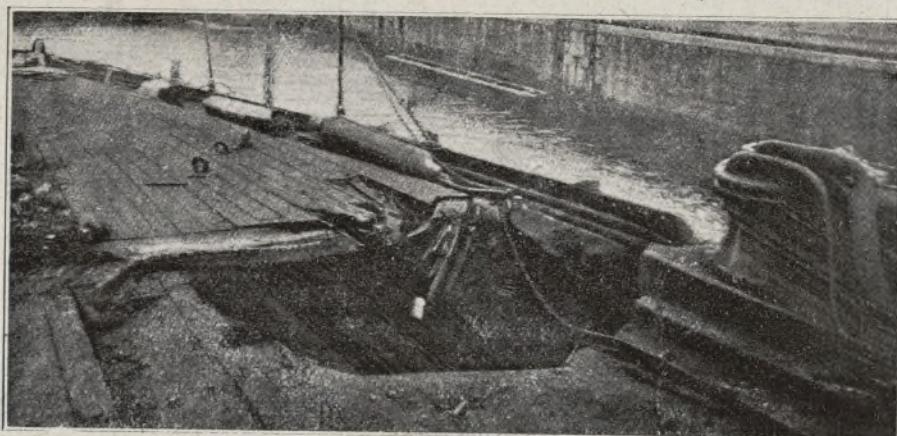
A pesar de esto, muchos oficiales persistían, en que para hacer blancos capaces de producir resultados serios, sería necesario aproximarse a diez kilómetros y que si se mantenían más alejados, la visibilidad del blanco sería defectuosa, y sus dimensiones demasiado reducidas para que el número de impactos pudiera estar en una relación admisible con respecto al repuesto de proyectiles de grueso calibre, forzosamente bastante restringido. En el mismo orden de ideas, sería necesario—decían—tener muy en cuenta la dispersión del proyectil con el aumento de la distancia.

Por otra parte, la lección de Jutlandia fué clara y terminante. Los partidarios del tiro a larga distancia, tenían más razón de la que ellos mismos podían creer. En el momento en que las dos escuadras de cruceros de batalla del almirante inglés Beatty y del almirante alemán Von Hipper, se reconocieron, se abrió el fuego por ambas partes a 18 kilómetros, y casi en seguida los proyectiles daban en el blanco. En la sucesión del combate, las distancias del tiro variaron considerablemente, llegándose al mínimo de 6 kilómetros; pero el término medio fué de 13 a 15.

De hecho, el alcance máximo, era de 18 kilómetros para la artillería gruesa de 305 milímetros, de los alemanes, cuyas torres estaban construídas para un ángulo de tiro que no podía exceder de 16 grados; mientras las últimas piezas de los acorazados ingleses, de 343 y de 388 mm. de calibre, disponían de 22 kilómetros de alcance.

Sin embargo, los pre-dreadnoughts alemanes, los de fecha 1905, estaban armados solamente con cañones de 275 milímetros, que podían elevar su ángulo a 30.º; pero cosa sorprendente, el almirantazgo alemán renunció para los navíos construídos con posterioridad, a la ventaja capital de un alcance mayor. Era el resultado de la consideración predominante que tenía, de que no existen distancias de combate superiores a 18.000 metros.

En la batalla de Jutlandia, la mayor parte de los



Los proyectiles de gran calibre, al caer sobre las cubiertas desprovistas de blindaje, las abren materialmente y llegando hasta el fondo ponen al bareo en peligro de naufragar.

buques ingleses, tenían la facultad de poder elevar su andanada cuarta más que el enemigo, y por consiguiente tirar sobre él a una distancia que no éste esperaba.

En efecto, las reseñas del combate, originarias de Alemania, manifiestan que la moral de las tripulaciones estuvo en algunos momentos seriamente afectada con respecto a esa cuestión.

Dirección del tiro.—Para que se pueda en estas condiciones alcanzar la finalidad propuesta, es preciso que esté perfectamente conocido coordinado el conjunto de los elementos que contribuyen al tiro: Evaluación exacta de la distancia del blanco, rectificación de la puntería por la observación de los puntos de caída del proyectil; correcciones precisas, según las velocidades del navío blanco y del que dispara, teniendo también en cuenta el viento.

Es preciso, sobre todo, que exista a bordo una instalación buena y muy estudiada, de los órganos de transmisión de órdenes a los diversos puestos de artillería, y que el oficial que dirija el tiro, tenga muy a mano esta instalación.

Del lado alemán, parece por la descripción que hace Von Hase, jefe de la artillería del crucero de combate *Derflinger*, del material especial para la Dirección del tiro, y de su funcionamiento, que se aproximaba a la perfección.

En la flota inglesa, sólo una parte de los barcos estaban dotados del sistema inventado por el almirante Percy Scott, que permitía apuntar en bloque todas las piezas de grueso calibre y provocar el disparo simultáneo de las mismas.

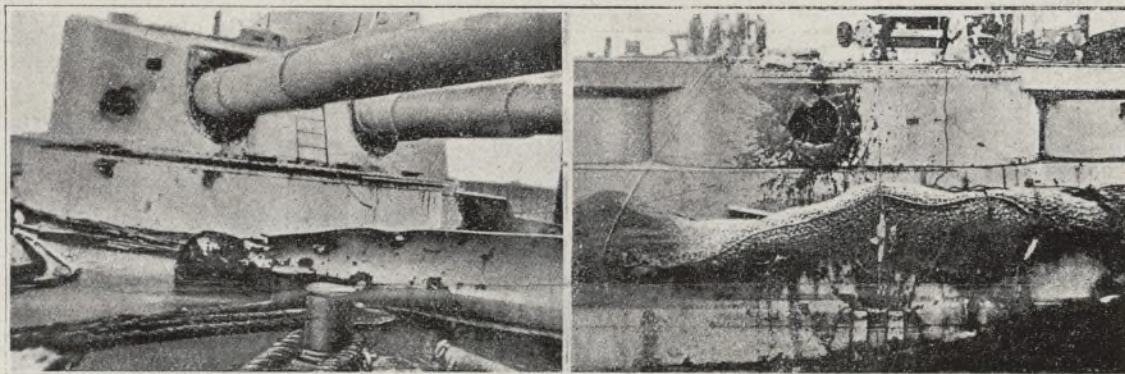
Los efectos producidos por estas masas de enormes proyectiles caídos a un mismo tiempo en un punto del buque enemigo, eran terribles.

Protección de los depósitos de municiones.—Parece que en este punto se tuvo en esa batalla la lec-

ción más dura. La extraordinaria expansión de los gases y la fuerza de penetración de los mismos inflamados al estallar los grandes proyectiles *cerca, sobre o en las mismas torres*, fué al parecer la causa de la pérdida de los cruceros de batalla ingleses *Queen Mary*, *Indefatigable* e *Invencible*, que reventaron sin siquiera dejar huella.

Esos gases inflamados, han incendiado municiones situadas en las torres, y han comunicado, el in-

quinas infernales, así como las diversas circunstancias del encuentro, no se prestaban a poder hacer de ellas un uso intenso. No obstante, durante la guerra, las pérdidas sufridas por torpedeamiento, fueron numerosas, y ha sido demostrado hasta la evidencia, que la estructura de los buques de combate, con los compartimientos que llevan, no ofrecen contra sus explosivos, más que una seguridad ilusoria.



Los potentes cañones modernos, cuyos proyectiles lanzados a distancia de 12 a 15 kilómetros consiguieron impactos en los barcos alemanes, como los que muestra la adjunta fotografía.

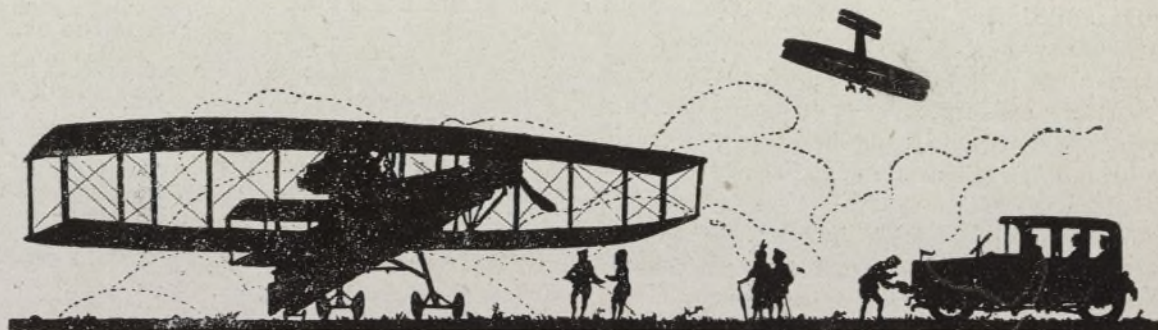
cendio a veces a las reservas, colocadas debajo de las plataformas.

Las llamas, pasando luego por el montacargas, han alcanzado los depósitos principales haciéndolos explotar.

Las pólvoras alemanas también ardieron; pero no explotaban. Sin embargo, hacían perecer a todo el personal de las torres y de los españoles.

Protección contra los torpedos.—Si los torpedos no han jugado un papel importante en la batalla de Jutlandia, es por que las velocidades de los navíos que hubieran podido servir de blanco a esas má-

En el curso de la guerra, para paliar ese defecto, se han aplicado en los flancos sumergidos, ciertas corazas o guarda costados de sistemas de protección suplementarios, consistentes en enjaulamientos que debían absorber la mayor parte de la fuerza producida por la explosión. Una organización nueva del compartimentaje de los fondos del navío de combate, estudiada, según los efectos producidos en las quillas por la deflagración de los torpedos se ha aplicado a los buques de combate y hasta a algunos mercantes contruídos al fin de la guerra o después de la paz.





¿Pueden juzgarse a las personas por su cara..?

¡Cuán precioso sería saber descifrar el carácter y las inclinaciones de los contemporáneos, mediante el examen de su semblante!

¡Cuántos malos matrimonios evitados y cuántos desdichados negocios suspendidos a tiempo!

Se ha intentado constituir, con algo de ligereza, una ciencia, de la lectura de los caracteres por los rasgos de la cara. Esta es la fisiognomía, que como la alquimia y la quiromancia, tiene muchas ideas exactas en una inmensidad de faltas.

Más tarde, la psicología, la fisiología y la medicina mental han aportado nociones más ciertas. ¡Quien sabe cuanto restará por hacer!

Conviene hacer notar, que el fomento alcanzado por la novela policiaca, ha puesto muy de moda estas teorías.

Puede aconsejarse como un entretenimiento agradable y útil, estudiar los rasgos de los compañeros de viaje.

Si el azar nos ofrece alguna vez ocasión de comprobar los diagnósticos que hayamos establecido, no olvidemos que tenemos que contar con no escasas decepciones.

Tal vez la mayoría de los hombres no sabemos mirar ni discernir según los datos que nos suministra el exterior del que tratamos de observar.

Para saber mirar, hay que conocer lo que está a la vista e investigar en ello matemáticamente.

De ahí el principio de que «No se ve más que lo que se mira, y no se mira más que lo que se tiene en la imaginación». Y

¿qué habrá que mirar en una cara para descubrir el alma que esconde?

Se dice que los ojos son el espejo del alma, luego ellos son lo primero que hay que mirar; pero no hay nada hecho en ese orden, y queda, por tanto mucho que estudiar.

Cuando se quiere hacer un *retrato hablado* el lenguaje ordinario no suministra suficientes elementos para expresar bien los rasgos de la cara, de modo que, este es el primer escollo con que tropiezan las explicaciones intentadas para metodizar.

Pero es mucho más difícil aún definir la mirada.

Puede decirse: mirada de amor, de compasión, de cólera, de despre-

cio, de desconfianza, etc., pero ¿cómo definir las?

Hay ojos grandes, pequeños, negros, pardos, azules... pero la chispa luminosa que brilla en la pupila, es el todo que puede reflejar el sentimiento interno, si el disimulo no es tan potente que lo disfraza. Los criminólogos italianos han insistido en que la mirada denuncia al criminal. Es seguro, que no pocas veces acertarán.



1, El individuo que tiene sobre su frente signos tan singulares, revela en su alma estados de banalidad.—2, Tipo de cráneo en «mochila». 3, Mudosidad en la oreja o tubérculo de Darwin.—4, Asimetría facial con desviación de la nariz, estrabismo y separación de la oreja izquierda.—5, Asimetría facial: la ceja izquierda es más alta que la derecha; la oreja derecha es más alta que la izquierda.

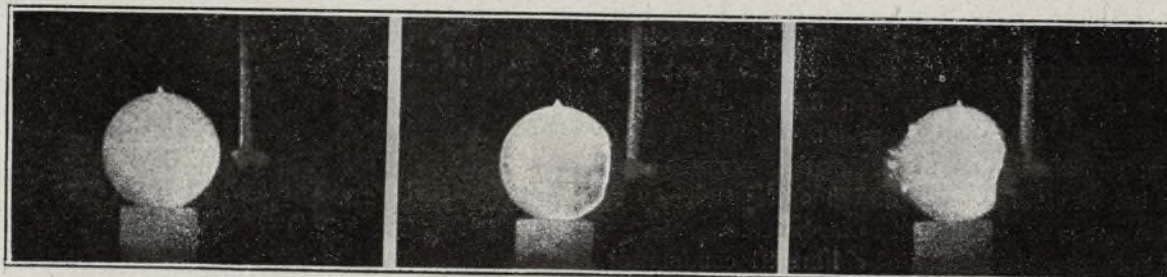
CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

CINEMATÓGRAFO BALÍSTICO

El cinematógrafo impresionando sus cintas con velocidades de 2.500 fotografías por segundo sirve para desentrañar multitud de problemas interesantes de la balística. Presentamos como ejemplo los

siguientes trozos de una película en que se han fotografiado los momentos sucesivos de la rotura de un globo de porcelana al golpe de un martillo.

* * *



Momento de llegar el martillo a la superficie de la esfera.

Después de un intervalo de 8:2500 de segundo. Primer efecto de rotura.

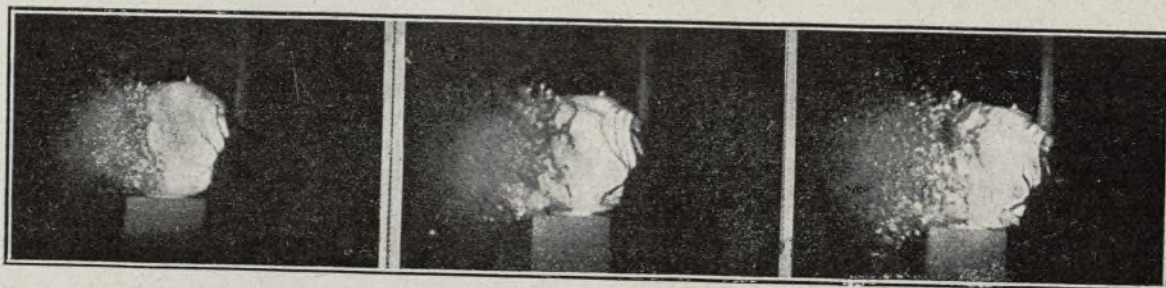
Un intervalo después: El aire que entra por la abertura inicia la rotura de la pared opuesta.



Comienza la porción más interesante del fenómeno. La pared opuesta es proyectada por la presión del aire.

Comienza la disgregación de los materiales.

Las partículas de porcelana rotas por el martillo contribuyen a la rotura de la pared opuesta.



Introducido el martillo en el globo hace su efecto sobre el total de la esfera.

Comienza la desintegración.

El globo roto en miles de pedazos aún permanece en su sitio.



La rotura se hace completa.

Por efecto de la reacción los pedazos, repeliéndose unos a otros, inician su marcha en todas direcciones.

Descomposición total del globo.



LOS BERTAS DE 100 KILÓMETROS DE ALCANCE

oooooooooooooooo
oooooooooooooooo

oooooooooooooooo
oooooooooooooooo



Se ha discutido no poco que hayan o no existido los cañones que llamaron Berta, que bombardeaban a París desde la distancia de 30 leguas.

Cuando por vez primera empezaron a caer proyectiles sobre París, el sábado 23 de Marzo de 1918 a las siete de la mañana, la mayoría de las personas creyeron que provenían de los aeroplanos; pero en la misma tarde cambiaba la opinión, porque recogiendo los fragmentos de las explosiones, se habían podido reconstituir los proyectiles, y se veía que eran de un cañón desconocido.

Esos proyectiles eran de calibre 21 centímetros, y pesaban 100 kilogramos. Llevaban delante una delgada punta de chapa, destinada a reducir al mínimo la resistencia del aire. Contenían unos 10 kilogramos de *tolita*, que aseguraba la detonación de un par de espoletas colocadas y sujetas, una a la culata, y otra al diafragma.

El proyectil era guiado en el cañón por dos cinturas de cobre rojo, de las que una, la colocada atrás, era lisa; la de delante, como las dos zonas cilíndricas de 8 a 9 centímetros de altas, estaban provistas de estrías preparadas para el avance, que correspondían al rayado del cañón.

Éste parecía ser una pieza de marina de 380, con tubo de calibre 21 centímetros.

La organización del proyectil, las huellas que dejaba sobre la cintura delantera y hasta sobre el cuerpo del mismo al deslizarse por el ánima, la inclinación muy leve del rayado, el paralelismo de la trayectoria y la regularidad del ángulo de caída y la carencia de señales, demostraban superabundantemente que se trataba de una bomba lanzada a muy grande velocidad, por un cañón potente disparado a gran distancia.

Demostraron los cálculos que la velocidad inicial debía ser de unos 1.700 metros, con velocidad posterior de cerca de 700. Partía bajo un ángulo de 50 grados, elevándose a unos 40 kilómetros, altura a la cual la resistencia del aire desaparece casi por completo, viniendo a caer en París, bajo un ángulo de algo más de 60 grados.

No se podía admitir la existencia de un cañón *pneumático*; una pieza de este género era incapaz de hacer un tiro un poco preciso, a una distancia, cuando más, de 20 kilómetros: incapaz también de hacer al proyectil en la superficie las señales profundas que se observaban frecuentemente.

La hipótesis de un cañón *eléctrico* análogo al cañón Birkeland, no era más admisible; pues hu-

biera necesitado para accionar los proyectiles pesados y rápidos que caían en la capital de Francia un motor de una potencia muy superior a la de un motor de vapor de 400.000 caballos; aparato impo-



Restos de un proyectil de cañón «Berta», recogido en París después de un bombardeo hecho por los alemanes a 100 kilómetros de distancia, durante los trágicos días del sitio de París, en la gran guerra.

sible de ocultar ni al servicio de investigación más negligente.

Después de firmado el armisticio, una Comisión de artilleros americanos fué a Pilsen para visitar la fábrica y los talleres Skoda para estudiar la fabricación de cañones de gran potencia. El director les facilitó cuantas noticias deseaban, y les mostró tres Berta, que poco antes había encargado el Estado alemán.

Recogieron datos y copiaron dibujos a placer, por lo que se vino en conocimiento de que los cálculos que se habían hecho eran acertados.

Se trataba de la transformación de los grandes cañones de marina, de 380.

Realmente, no era una novedad del momento. Unos doce años antes de que los alemanes empezaran a tirar sobre París, desde el monte de Joie, ya hablaban de algo parecido.

En la Exposición de Dusseldorf, la casa Krupp repartía entre los visitantes un opúsculo que explicaba, de una manera sucinta, el funcionamiento de un cañón de 80 kilómetros de alcance.

Demostrábase que, tirando bajo un ángulo algo superior a 50 grados un proyectil animado, de una velocidad sensiblemente superior a las usuales, se podría alcanzar, bajo el ángulo de 45 grados (ángulo que corresponde al máximo de alcance en el vacío), la zona de la atmósfera en que la presión atmosférica y la resistencia del aire tienden a convertirse en nulas.

Una vez llegado a esta región, quedándole una

velocidad de unos 800 metros, el proyectil recorre en el aire enrarecido una distancia casi igual a su alcance teórico en el vacío, o sea unos 60 kilómetros. Después, hallándose en la zona inmediatamente inferior, con la resistencia normal del aire, vuelve rápidamente a tierra, bajo un ángulo de algo más de 60 grados. Recorre así un total de 75 a 80 kilómetros.

El opúsculo alemán, después de dar un esquema de la trayectoria, indicaba los principales usos que se podían hacer con un cañón de esta clase.

De modo que se podría tirar desde Italia a Alemania enviando un proyectil desde el valle de Livigno al valle alto de Iller en pleno territorio bávaro, a 75 kilómetros del punto de partida.

Igualmente podía tirarse desde las costas francesa o belga sobre Inglaterra; y desde Calais se podía intentar el bombardeo del estuario del Támesis.

Hoy aseguran los franceses que podrían ellos fabricar Bertas perfeccionados, de un alcance de 150 kilómetros.

UN GRUPO DE HÉROES



Oficiales de Regulares de Melilla, que en el combate del día 5 tuvieron las siguientes bajas: Teniente D. José Subirán (1) y Capitán D. Rafael Carbonell (2), muertos; Capitanes D. Alejandro Sáenz (3) y D. Enrique Jiménez (4), y Tenientes D. Francisco Rivas (5), D. Antonio Perea (6) y D. Mariano Royo (7), heridos.



La harca amiga y los moros del Gum, que combatieron en unión de nuestras tropas durante la reñida acción del ataque a Tizzi-Azza, en donde se infringió duro castigo a los rebeldes.



Comandante Sr. Frías, que fué herido al cargar a la bayoneta al frente de catorce soldados, y el caid Lahasen, también herido en el combate de Tizzi-Azza.



Alférez Sr. Sánchez Zamora, que mandaba un carro de asalto en el combate del 5 en TizziAzza, y que al desalojar al enemigo de una trinchera fué herido.

De nuestro
protectorado



Héroes
de la
última
jornada

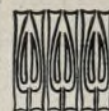
D. José Subirán Martín Pinillos, Teniente de Regulares de Melilla, que al frente de su sección de ametralladoras recibió gloriosamente la muerte en el combate del día 5 en Tizzi-Azza.

■ ■ ■
El Comandante de Artillería D. Atilano Fernández Negrete, muerto en Dar Drius a consecuencia de las heridas que recibió en Tizzi-Azza.

■ ■ ■
Sr. Alarcón de la Lastra, Teniente del Tercio de Voluntarios, que se había distinguido repetidas veces por su valor y que al frente de sus tropas ha sido muerto en el combate del día 5 en Tizzi-Azza.



Ayuntamiento de Madrid



Con asistencia de los Reyes se ha celebrado en Guadalajara el solemne acto de entregar al batallón de Aeronáutica el magnífico estandarte adquirido por pública suscripción entre el pueblo arriacense.

El Monarca, después de revistar las tropas, ocupó con las demás personas reales la tribuna regia.

El alcalde de Guadalajara, que se hallaba al pie de la tribuna, pronunció un discurso de tonos elevados y patrióticos entregando el estandarte al ministro de la Guerra, quien a su vez lo puso en manos del Infante D. Juan, que vestía uniforme de soldado de Ingenieros.

El jefe de aviación, al recibir de manos del infante el estandarte, leyó unas cuartillas, poniendo de relieve la importancia del acto que se estaba efectuando, y a continuación pronunció elocuentes frases de agradecimiento en nombre de las fuerzas de Aerostación por la gracia recibida.

Después, el obispo de Salamanca bendijo el estandarte, que fué entregado al teniente abanderado, señor Redondo.

Terminada la misa de campaña, la comitiva regia trasladóse a otra tribuna, desde la que presenció el desfile de las tropas, que resultó brillantísimo.

Guadalajara ha dado con ello otra ostensible muestra de cariño al Cuerpo de Ingenieros militares. Y es que Guadalajara y los ingenieros se conocen, y conocerse es, en este caso, tanto como profesarse mutua afección y estima. En la hidalga y austera población castellana aprenden y comulgan en la religión del cumplimiento del deber los oficiales del Cuerpo de los castillos de plata, y este recuerdo inolvidable liga ya sus existencias a la antigua y apacible ciudad. Y Guadalajara, que los albergó en los años mozos, más los considera como hijos que como huéspedes. ¡Guadalajara y los ingenieros se conocen y se quieren!

El infante D. Juan que desde pequeño demostró especial predilección por el Cuerpo de Ingenieros, cuyo uniforme viste, fué el encargado de entregar el estandarte a las bizarras tropas de Aerostación. Bien seguro puede estar el infante de que los ingenieros corresponden al afecto que les demuestra.

Los que no abandonaron a la Majestad caída en la persona de su bisabuela doña Isabel II, que un día colocó la corbata de San Fernando a la bandera del primer regimiento de Ingenieros, y después del destronamiento la acompañaron hasta la frontera; los que, como dice D. Juan Valera en su continuación de la *Historia de España*, de Lafuente, «fueron modelo de subordinación y continuaron conservando la digna reputación del Cuerpo, honrándole y honrándose», en medio de la anarquía que durante la República llegó a reinar en el Ejército de Cataluña, y saliendo de Barcelona anduvieron errantes por la montaña para evitar a sus soldados el contagio de la indisciplina; los que en los lances de la guerra como en las lides del saber dieron constantes pruebas de su esfuerzo; los que en todo momento mostraron su amor a la Patria y su

fidelidad al Trono, no olvidarán nunca la predilección del tierno infante.

El Cuerpo de Ingenieros tiene un lema: Lealtad. Lealtad a la Patria y lealtad a sus instituciones legales, y por este lema ha derramado y está siempre dispuesto a derramar su generosa sangre. Por eso la Academia de Ingenieros, donde los futuros oficiales se imponen en el culto de esta religión, es como el solar de la lealtad.



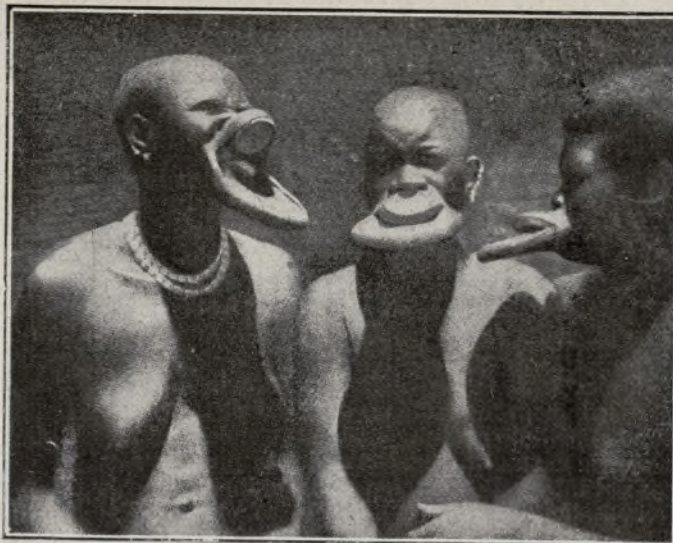
Momento solemne en que el Infante D. Juan hace entrega del estandarte a las fuerzas de aerostación militar.

COSTUMBRES
DEL ÁFRICA ECUATORIAL



LAS MUJERES DEL LAGO TSAD

El explorador francés M. Muraz, ha obtenido en su reciente viaje por el África Ecuatorial interesantes fotografías de las



Tipos de mujeres *saras-djingés* con horribles distensiones labiales, realizados como un adorno de su belleza.



Dada la distensión espantosa de la mujer *djingé* tiene que tomar su alimento vertiéndolo en el gran recipiente formado por los labios.

costumbres de ciertas tribus, entre las que sobresalen las de la región del lago Tsad (Sudán Central). Trátase de unos cuantos *specimens* selectos de *saras-djingés*, hembras pertenecientes a las tribus africanas que practican las bárbaras distensiones labiales y los tatuajes a hierro y fuego, como medio de aumentar los atractivos físicos del sexo amable.

Absurdo parece que estas monstruosas *saras-djingés* fueran, hasta que la civilización francesa penetró en las regiones cercanas al Tsad, manjar apetecido por los guerreros del Uadai y del Baguirmí. Periódicamente, una vez al año, y a veces con mayor frecuencia, hordas armadas invadían la pacífica tierra *djingé* y se llevaban unos cuantos centenares de esclavas, que iban a surtir los harenes de Egipto, Tripolitania y Turquía.

Estas *razzias* no son ya posibles, merced a la ocupación francesa, que, entre otras muchas de las prohibiciones impuestas a los indígenas, ha establecido la de las deformaciones labiales y el tatuaje cicatrizal de las muchachas *djingés* y *saras*.

La cruel operación de distender los labios se iniciaba durante la primera infancia de las niñas, practicándoles incisiones en la línea sagital e insertándoles discos, cada vez mayores, hasta llegar a una abertura de siete centímetros en el labio superior y diecisiete en el inferior. Como puede comprenderse, para la pobre *djingé* la alimentación cotidiana debía constituir un verdadero suplicio, no inferior, ciertamente, a la forzosa mudez durante las horas diurnas, en las que el platillo bucal era obligatorio. Llegada la noche, se le permitía quitarse los terribles adornos, que quedaban depositados, en señal de sumisión, sobre el lecho del padre o del marido. Y he aquí cómo pudiera encontrarse una explicación, ya que no estética, al menos filosófica, al bárbaro uso *djingé*, pues si, al decir de algún Santo Padre, el arma más terrible de la mujer es la palabra, aparece claro, de toda claridad, que imponiendo los ingeniosos salvajes a sus hembras doce horas diarias de silencio, tenían muchas menos ocasiones de darse a los diablos.

COSAS DE LA GRAN GUERRA

Nuevos métodos de correspondencia secreta

El arte de la correspondencia secreta, se perfeccionó mucho durante la guerra grande.

Los laboratorios químicos se encargaron de inventar medios que el enemigo respectivo no pudiera conocer, al tiempo mismo que investigaban los del adversario.

Entre franceses y alemanes tomó gran vuelo esta cuestión.

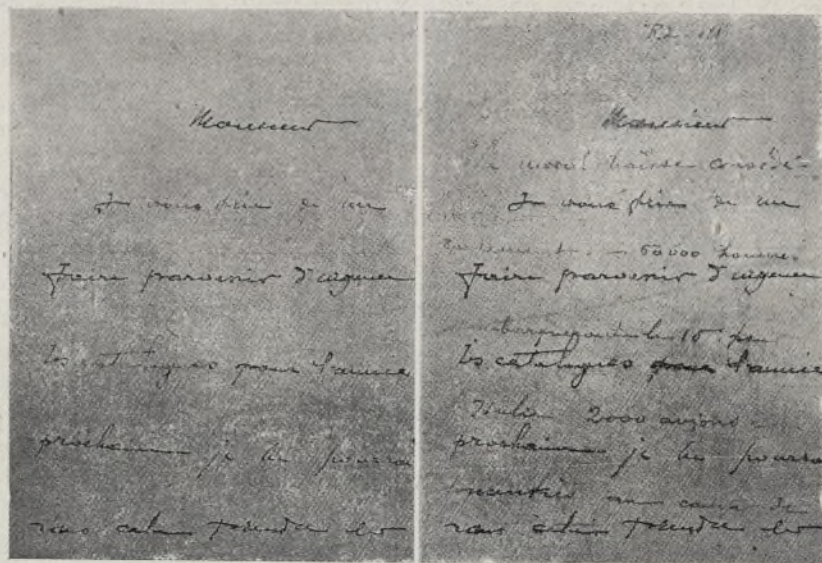
En París fué encargado el Servicio de Identidad Judicial, que desde luego se entregó a prolijas y

res es idéntica; se agarran con más energía a los puntos del papel alterados físicamente por la escritura.

Más tarde, continuando los sucesos, la técnica del espionaje alemán se transformó en científica.

El *gabinete negro* francés vió aparecer las tintas químicas.

En los documentos cogidos, hallaron el texto escrito con una solución de una sal metálico u orgánica, protegida contra el iodo u otros reveladores



He aquí los dos aspectos de una carta, en la cual puede verse como muestra entre líneas el secreto de su texto escrito con las nuevas tintas invisibles, con las cuales los espías se comunicaban las noticias que les interesaban.

perseverantes investigaciones para descubrir los astutos métodos alemanes.

Al comienzo de las hostilidades, los teutones se servían de tintas conocidas desde largo tiempo. Sus agentes utilizaban cualquier líquido incoloro y sencillo, como jugo de cebolla o limón y hasta saliva.

Como es sabido, estas tintas *simpáticas*, *misteriosas* y *mágicas*, no hacen realmente otra cosa que alterar la superficie del papel, de una manera más bien física que química, y se les revela simplemente por procedimientos sencillos. Sea por baño colorante, como tinta negra ordinaria o por los vapores del iodo. La acción de todos estos revelado-

comunes, por una simple inmersión en agua pura o en agua mordiente con un poco de amoníaco o adicionada con leve huella de hiposulfato.

Sobre estos preparados, únicamente obraba un determinado reactivo o un grupo de ellos.

Los expertos encargados de descubrirlos, fueron aplicando sucesiva y ordenadamente todos los reactivos analíticos.

Después de largas manipulaciones y sacrificando la limpieza del documento, llegaron al resultado apetecido.

El resultado era, que todas estas tintas se hacían con líquidos concentrados a 0,10 poco más o menos, con lo que no tenían los agentes germanos

sino de una manera precaria, la seguridad precisa.

Durante este período, se encontraba poco de interesante: jabones al ferrocianuro de potasio y aguas de tocador al acetato de plomo, lo que consentía al laboratorio francés comprobar y descubrir muy pronto lo que deseaba.

En consecuencia, los técnicos alemanes cambiaron muy pronto de postura. Diluyeron a 1:50.000 y hasta a 1:500.000 los líquidos destinados a la composición de las tintas secretas para sus agentes de espionaje; pero los franceses los perseguían encarnizadamente en el nuevo campo elegido.

En 1916, crearon el cuerpo de contra-espionaje del campo atrincherado de París y este tomó a empeño resolver aquel problema que tanto les interesaba para el secreto de sus operaciones militares.

Bien pronto comprobóse en las nuevas tintas, la presencia de combinaciones orgánicas de plata del tipo *protargol* (proteinato de plata).

El análisis químico era inoperable; el metal se encontraba disfrazado en los reactivos ordinarios, no solamente a causa de su extrema dilución sino por la naturaleza misma de la molécula en que se hallaba impuesto.

Según los franceses, que tanto se preocupaban del espionaje, los espías alemanes disimulaban cuanto podían las tintas, llevándolas en los calcetines, en las cintas de los zapatos etc., impregnándoles de una ténue cantidad de sustancia activa. Por ejemplo; un calcetín contenía algunos miligramos, siendo suficiente echar un pedazo en un vaso de agua, para obtener un líquido capaz de trazar en el papel caracteres invisibles.

El misterio no pudieron penetrarlo en un día, no.

El revelador aplicable a estas escrituras, fué encontrado apoyándose en los fenómenos electroquímicos siguientes:

Si se depositan partículas infinitesimales invisibles de ciertos metales en la superficie de una materia aisladora—una hoja de papel, por ejemplo— y se sumerge este cuerpo en un medio de metal nativa, este último, al fijarse electrolíticamente en las par-

tículas conductoras previamente depositadas, las hace visibles.

El tipo de tal revelador más fácil de realizar, es la plata nativa (Nitrato de plata en presencia de un reductor), que se manifiesta aun activo, *vis a vis* de textos escritos con disoluciones al 1:100.000 (cienmilésima) y todos los protectores ensayados hasta ahora, parecen ineficaces contra su acción.

Nótese, que este revelador no es otro que el reforzador a la plata, empleado antes en el antiguo procedimiento fotográfico al colodión.

Hay además un hecho muy general; un gran número de sales metálicas en solución bien diluidas, son tributarias también, como las sales orgánicas al ácido mineral y hasta cualquier líquido modificador de la superficie del papel, de modo suficiente.

En definitiva, el revelador a la plata parecía aplicarse a todas las escrituras.

Sin embargo, poco tiempo después notaron una activa correspondencia secreta que escapaba a su investigación, a pesar del revelador.

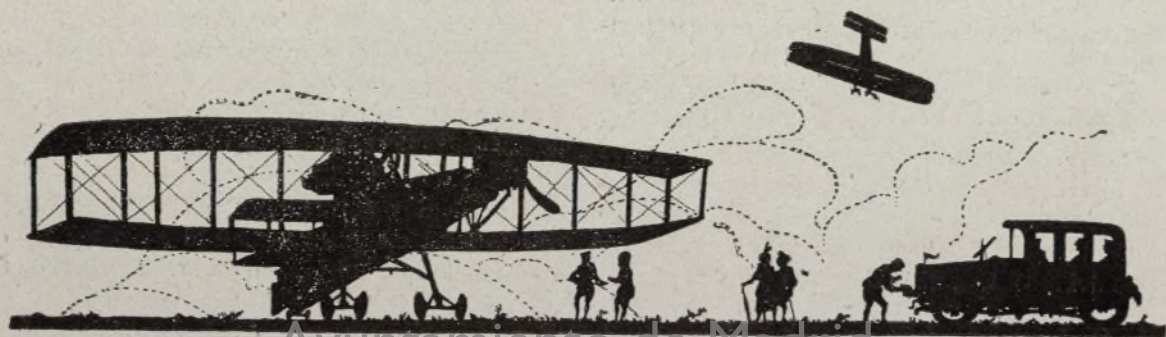
Entonces el servicio especial del campo atrincherado parisién, notó que ciertas personas recibían lencería y con especialidad pañuelos, pareciéndole que daban a estos mayor importancia y los cuidaban más de lo natural.

Esto era, en Julio de 1917, y pudo el servicio apoderarse de uno de esos pañuelos, el cual fué sometido a investigación durante tres meses, al cabo de los cuales se comprobó que contenía no solamente una sustancia activa, sino el revelador también; cosa que fué más importante, puesto que era un revelador *específico*.

De este modo se descubrieron varios espías que fueron detenidos semanas después.

Aquí, el fenómeno puesto en juego era un reactivo catalítico bastante sensible para que se pudiera rebajar la disolución hasta la cien millonésima. Bastaba al espía mojar un pico de su pañuelo en un vaso de agua, para tener la tinta invisible.

El espionaje, pues, fué muy activo y la persecución incansable, logrando descubrir importantes maquinaciones.





FRENTE AL ENEMIGO por PILAR ZAMORA

En el silencio augusto de la noche, bajo el azul insondable del firmamento iluminado por el resplandor prodigioso de los astros, entre la blancura de las tiendas, como bandada de palomas en reposo, surgió una voz vibrante y varonil, que desplegó en el espacio, como una bandera, los cuatro versos de una copla:

Si me miran esos ojos,
Y me dan luego un fusil,
no queda ni un solo moro
del Imperio marroquí.

Inmediatamente se elevó otra voz autoritaria.

—¿Quién es ese que canta?

Nadie, contestó; cualquiera que fuese, había reconocido la voz del oficial y esquivaba la probable reprensión.

El teniente volvió a sentarse sobre un cajón vacío de municiones, junto a las piedras del parapeto. No lejos de él sus compañeros montaban la guardia.

Dejó caer la cabeza entre las manos, sintiendo resonar en sus oídos la copla recién escuchada:

«Si me miran esos ojos...»

¡Esos ojos... aquellos ojos! ¡Los ojos negros y soñadores de la amada! Recordaba otra noche inolvidable, cuando el capitán Casanova le llevó a su casa, donde se celebraba una fiesta íntima. Allí la conoció, hermosa y blanca como una virgen, activa y gallarda como una maja. Tenía veinte años, hacía dos que casó, o más bien la casaron con el capitán Casanova que contaba ya treinta y cinco años.

Al conocerla Salazar, le dominó enseguida un amor loco, que le abrasaba el pecho, un amor impetuoso que prendió prontamente en el corazón virgen de la muchacha.

Otra vez, mientras en el salón danzaban las parejas, se encontraron, sin buscarse, en un ángulo

solitario. Se hicieron la mutua confesión de su amor; pero ella reaccionó enseguida ante el peligro, rompiendo en su principio toda relación entre ellos. Había ido al altar sin emoción ni sobresalto, y así habían transcurrido dos años de su existencia, sintiendo el vacío de algo inexplicable, cuya revelación había herido su alma súbitamente, como una luz vivísima.

Y allí, donde todo había empezado, acabó todo también; porque si Salazar leía en los ojos de ella un amor infinito, leía asimismo una virtud heroica, que elevaba su amor, dignificándolo.

Mas llegó un día al regimiento la orden de marcha; partían a la guerra, y en el pecho del oficial brotaron monstruosas esperanzas.

Si de los dos rivales, sólo él regresaba, hallaría la mano idolatrada dispuesta a tendersele.

La vida de campaña los ponía diariamente uno junto a otro, y el instinto de la fiera que existe en el fondo del alma humana, surgía en él a cada instante. Le obsesionaba la idea de que una simple bala podía borrar para siempre el obstáculo.

Y aquella noche hasta esta probabilidad remota se disipaba. Había llegado al campamento una orden, interesando que volviera a la plaza el capitán Casanova, para servicios especiales. Al día siguiente, con el diario convoy, cumplimentaría la orden. Se salvaba por tanto del peligro constante, tanto más cuanto que la campaña se acababa por días, y sólo ataques y tiroteos aislados se producían ya.

En todo esto pensaba el oficial, con la frente ardorosa hundida entre las manos, mientras el viento susurraba entre las blancas lonas, quién sabe qué risueñas promesas, o qué siniestras amenazas. Se sentía invadir y dominar por un deseo insensato de desafiar al capitán y matar o morir, por la realización de su sueño; impulsos imposibles, porque jamás ello consentiría en ser suya a tal precio.

¡Oh, los ojos inolvidables, las bellas manos que

nunca extrañaría entre las suyas, los dulces labios que no debían sonreírle!

Se levantó de un brinco; un grito inesperado, acababa de resonar como un rugido:

—¡El enemigo!

* * *

Fué una sorpresa fracasada, porque la guardia se había apercibido a tiempo, pero el combate era duro. Los moros habían avanzado como de ordinario, ocultos y arrastrándose, para surgir de pronto, junto a las alambradas, como de las entrañas de la tierra.

Las tres horas de fuego encarnizado, redoblaban el entusiasmo de los soldados, entre la obscuridad incierta de la noche, que iluminaba sólo el resplandor de las descargas de fusilería. Salazar miraba, sin querer, a Casanova; le veía, al frente de sus soldados, sereno y pálido, la espada, en una mano y la pistola en la otra, expuesto, como todos a las balas traidoras de los rifeños, pronto a caer, acaso para siempre.

A pesar suyo, entre el estruendo de los fusiles, y los alaridos inarticulados de los moros, se desbordaba en su alma el bárbaro anhelo de ver desplomarse al hombre aborrecido. ¿No era una coincidencia extraña aquel nocturno ataque a la posición, la última noche que en ella debía pasar el capitán? ¿No iba a morir de un momento a otro, dejando libre a la mujer amada?

Pero, fracasado totalmente su empeño, los moros se retiraban ya, desordenadamente, abandonando sus muertos.

Entonces sucedió algo terrible.

Enardecidos por el triunfo, y empeñados en una persecución loca, los soldados de Casanova, bajaban, cuchillo en ristre, saltando de peña en peña, con una agilidad inconcebible, tras los rifeños fugitivos, y estos, agazapados en los breñales, los fusilaban a mansalva.

Como aquello era imposible, los soldados se replegaron pronto, obedeciendo las órdenes aunque con algunas bajas más.

Pero... ¿Y el capitán?

Ninguno supo explicar de qué modo Casanova se había lanzado sobre unos moros que trataban de ocultarse, y con qué rapidez había desaparecido de la vista de los suyos.

Fuese como fuese, no había que pensar en rescatarle, porque, aunque en breve amanecería, la obscuridad hacía peligrosa toda tentativa.

¡Estaba por lo tanto, perdido, luchando todavía tal vez, contra los que le arrastraban en su huida!

Lívido y estremecido por una emoción indescribible, Salazar comprendía que aquello era la muerte segura del capitán; pero la espantosa muerte en poder de los moros, tras de suplicios refinados, y la tumba eterna en el fondo de un barranco cualquiera, lejos del suelo santo de la Patria. Levantó la vista. Sobre el campamento flotaba la bandera, por quien todo sacrificio es pequeño.

El oficial se separó de pronto, bruscamente, del grupo, y se precipitó después, solo y decidido, por la pendiente accidentada. Saltaba sin cuidarse de los disparos sueltos de los moros emboscados. Corría locamente, blandiendo su acero, con los cabellos en desorden y los ojos inflamados, respetado por aquellas balas que silbaban sobre su cabeza.

Por fin... ¡allí estaba! Entre un grupo de moros se defendía aún el capitán Casanova, con el rostro ensangrentado, y empezando a desfallecer en la bárbara lucha. Salazar cayó a su lado como una exalación, gritando:

—¡Animo, Casanova! Aquí estoy yo.

Hizo fuego al mismo tiempo, y los dos más cercanos se desplomaron en tierra; pero los otros se abalanzaron a ellos furiosamente, blandiendo sus gummies y lanzando alaridos. Trataban sin duda de cogerles vivos, y el combate era ya cuerpo a cuerpo; se defendían ellos con las espadas, con los puños, con los dientes; atacaban, retrocedían, avanzaban gradualmente, hiriendo sin ver, a derecha e izquierda, arrastrados en el vérrigo de la lucha.

Y sucedió el milagro; por último, los que no habían caído a sus golpes, creyeron acaso, que aquellos hombres eran invencibles, y huyeron a sus guaridas.

Cubiertos de sangre, heridos, pero vencedores, los dos oficiales atravesaron entonces aquel montón de cuerpos palpitantes, buscando afanosamente el campamento, cuyas tiendas empezaban a blanquear en la altura, a la claridad naciente de la aurora.

Y resbalando en los charcos de sangre, tropezando con los despojos del combate, y los riscos del camino, se encontraron por fin, sin saber cómo, entre los brazos de sus compañeros, al amparo de la fortificación.

—¡Bravo, Salazar! ¡Bien, Salazar! ¡Eres un héroe! —gritaban los oficiales entusiasmados— ¡Eso es la laureada!

¡La laureada! Salazar sentía llenarse sus ojos de lágrimas, recordando a la mujer amada, pérdida para siempre, en aras de la Patria.

Surgía el sol tras las lomas oscuras del monte cercano. A la triunfante luz de la alborada, aparecía gloriosamente iluminada la bandera roja y amarilla.



DEL TIEMPO VIEJO

La concesión del título de Almirante a Colón

A pesar de lo divulgado que está, cuanto se refiere a los descubrimientos del insigne genovés (según otros gallego) quizá muchos ignoren, que si Colón obtuvo los recursos necesarios para su empresa, calificada entonces de temeraria, se debió a una partida de ajedrez.

Cuentan algunos cronicones de tiempos en que el monta tanto y tanto monta era la divisa de Reyes españoles, que D. Fernando, inteligente jugador de ajedrez, ponía tal entusiasmo en sus lances, que era arriesgado pedirle nada después de recibir un mate, era sencillo obtener una merced mientras durase el comentario de un triunfo.

Una tarde de caluroso estío, en las habitaciones de Isabel, su esposa, el Rey de Castilla y Aragón, jugaba al ajedrez con Juan Rodríguez de Fonseca, experto y malicioso jugador a quien gustaba mucho ganar a D. Fernando.

Presenciaban la partida, entre otros personajes de la Corte, Hernando del Pulgar y la camarera de la Reina, Beatriz Galindo, a quien, por su discreción y buen sentido, solía todo el mundo consultar.

Llevaba muy bien la partida el Rey, cuando abriéndose la cortina, un paje anunció a Fray Pérez, confesor de Isabel y como ésta, entusiasta de los proyectos de Colón: después de ofrecer sus respetos a todos los presentes, acercóse el sabio sacerdote a la Reina y con verdadera emoción, pero en voz que todos pudieran oír, preguntó a S. M. qué se había resuelto sobre las pretensiones del osado navegante.

Como se había negado la concesión del título de Almirante, de los mares que pudiera descubrir y consecuencia de la negativa, Colón había mos-

trado su propósito de regresar a Palos, ninguno de los circunstantes atrevióse a contestar la pregunta del confesor de la Reina.

Doña Beatriz, sabiendo el valimiento que con los Reyes tenía y quizá para resolver lo enojoso de la situación, atrevióse a decir que ella, si solo de dinero se tratara, sería de parecer de no reparar en los medios de obtenerlo, pero que tratándose de conceder una dignidad que no se debía prodigar, era otra cosa.

La Reina, acercándose a su esposo, murmuró a su oído ¿por qué no dar al más intrépido de los navegantes el título que pide? Si encuentra el camino que pretende, será merecido: si es un soñador, como aquel, no tendrá sobre que fundarse, no llegará a existir.

—Lo pensaré—contestó D. Fernando distrayéndose más de lo conveniente y dando lugar a que Fonseca adquiriese positivas ventajas: penetrado de esto el Rey, viendo sobre si un mate de los que no tienen remedio, frunció las cejas y sin dirigirse a persona determinada, dijo:

—¡Dichoso hombre!... va a hacerme perder una partida magnífica... Es un título demasiado honroso el que pretende y no puede otorgarse al primer aventurero que se presente... ¡no será Almirante!

Por momentos crecía la excitación del Rey al comprender que era imposible la defensa del juego: de pronto, Hernando del Pulgar, que con la emoción de un buen aficionado examinaba el tablero, dijo a la Reina, en voz baja:

—Si el Rey se fija, en cuatro jugadas, es mate Fonseca.

En aquel momento, Fernando, después de gran-

des vacilaciones, se disponía a mover una torre: ante signo de contrariedad del inteligente espectador, Isabel que se apoyaba en los hombros de su esposo, con imperceptible presión, le contuvo, a tiempo que decía:

—Me parece, Fernando que habéis ganado.

El Rey, ante la insinuación de la que tanta confianza le inspirara siempre, púsose a pensar y al cabo de un rato, durante el que nadie osó, ni aun respirar con fuerza, la expresión de su rostro denotó que *había visto*.

Jugó un peon y la Reina, al vez que Hernando, su más apreciado capitán, aprobaba con una sonrisa lo hecho por el Rey, dijo, sin dar importancia a la frase, buscando con ello el dársela:

—Creo que no hay ningún inconveniente serio en dar a Colón el título que solicita.

—Bien pensado—contestó Fernando, sin levantar la vista del tablero—no tiene gran importancia hacerle almirante de los mares que explore y de los que descubra...

Sin dejarle hablar más, levantóse la Reina y a poco dos pajes salían a rienda suelta, por el camino que antes tomara Colón, alcanzándole y obli-gándole a regresar, con lo que, puede decirse comenzó la epopeya que tan feliz término había de tener aquel otoño, precisamente el día del Pilar.

Pasado algún tiempo, el Rey Fernando, al contemplar las bellezas que desde el nuevo mundo enviara Colón, decía a los que con él estaban, que jamás mate alguno le satisfizo tanto, como el que cierta tarde del verano último diera al gran maestro del ajedrez, Juan Rodríguez de Fonseca.

CÁNULA

LOS CABALLOS DE NAPOLEÓN

La fama del emperador Napoleón I trascendió hasta sus caballos de batalla, y el arte y la historia nos han transmitido la estampa y el nombre de *Styrie*, *All*, *Marengo*, *Jaffa*, *Marie* y *Austerlitz*, sobre cuyos lomos asistió el moderno César a las más célebres batallas que figuran en su vida militar. Uno de estos caballos, no sabemos cual, ha sido encontrado hace pocos días, disecado, en los sótanos de los palacios nacionales de París; en la grupa derecha se ve todavía la marca imperial, formada por una N y una corona.

Es sabido que todos los corceles de Napoleón eran blancos o tordos, lo cual se explica porque los caballos de estos colores son los más pacíficos, los menos fogosos, y es fama que el emperador distaba mucho de ser un buen jinete. Otra coincidencia es que casi todos pertenecían a razas orien-

tales; de *Styrie* y *Austerlitz* se dice que eran árabes; *Jaffa*, que murió en 1829 en Inglaterra, y *All*, en el cual estuvo montado Napoleón catorce horas seguidas el día de la batalla de Wagram, fueron adquiridos en Egipto, y *Marengo* era moruno.

Este último fué el más famoso de los caballos napoleónicos. Acompañó a su dueño a las jornadas de Marengo, Austerlitz y Jena, a la campaña de Rusia y finalmente a Waterlóo, donde recibió una herida en la grupa. Su esqueleto se conserva en Londres, en el Museo de la Royal United Service Institution, juntamente con un retrato pintado por James Ward. Parece ser que este caballo murió en Inglaterra, en poder de un capitán llamado Howard. Uno de sus cascos, convertido en caja de rapé, fué regalado a la oficialidad de la guardia real inglesa, y existe aún en el palacio de Saint James.



EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

Y volvió nuevamente a mirarle, como pidiendo su aprobación.

—Yo debo hacer cuanto pueda por evitar todo eso, ¿no le parece? Desgraciadamente no dispongo ahora de tanta plata. ¿Quiere usted ayudarme?

—¡Yo, pobre de mí! ¿Cómo?

—Ya verá...

Todo lo tenía muy bien pensado y consideraba aquello la cosa más hacendera del mundo. El muchacho, ella se encargaba de conseguirlo, volvía a su patria, donde aún pudiera ser dichoso. Pero esto tenía que hacerlo con permiso del Banco. De otro modo, antes de meterse en el buque, ya las autoridades le estarían echando la garra.

—¿Y en qué puedo yo ayudarle?

—La cosa consiste, vea, en hablarle a papá. Papá es muy amigo del gerente y puede conseguir que perdonen. Sólo que, para esto, necesita compadecerse del muchacho, creerlo una víctima. Y comprenderá que yo no pueda hacer tales gestiones. Esto sólo usted...

—¿Yo?

—Usted, sí, señor. ¡Si supiera como papá le estima! ¡Cómo habla de usted! ¡Con qué elogios! Le considera un hombre de su temple y yo estoy segura de que le atiende y le complace...

Recalcó la última palabra, le miró con anhelo extraño. Pero durante algún tiempo sólo preocuparon a Daniel aquellas revelaciones que tan dichosa influencia pudieran tener en su destino. ¡Iturbe hablaba de él con elogio! ¡Iturbe le consideraba un hombre de su temple! El fiero egoísmo humano le hizo olvidarse de su desilusión al conocer las razones por las cuales Estela acudía a buscarle y del joven en tan triste peligro y de la madre que tenía en su tierra y hasta de Farfán de los Godos, que tan difícilmente conseguiría triunfo alguno sobre la mujer a quien tanto amaba... Pero la mujer, con su voz de oro, le sacó de sus meditaciones.

—¿Qué me dice?

Y ante aquel interés que de nuevo se le mostraba contestó reneorosamente:

—Que nada conseguiríamos.

—¡Nada!

—Nada. Ni su padre me haría caso, ni tal vez se

lo hiciesen a él. Los gerentes del Banco no pueden permitirse el lujo de tener corazón.

—¿Y entonces?

Encogiéndose brutalmente de hombros, gozándose en su pena, le aconsejó que se resignase.

—¿No hay modo de librar de la cárcel a ese infeliz?

—Parece que no...

Pero una idea comenzaba a brillarle en el cerebro, una idea con la que acaso realizase la estupidez de salvar al italiano; pero merced a la cual se entrevistaría otras veces con la bella persona a quien tanto aquel hombre interesaba. Repugnándole, no obstante, el apelar para retenerla, para verse con ella, a semejante lazo, cayó. Y sólo cuando la muchacha se levantaba quejándose de la suerte, lamentando que no hubiese manera de salvar a su pobre amigo, acudió Daniel con miedo de perderla nuevamente, de no sentirse de nuevo envuelto en sus miradas radiantes, de no volver a oír su voz dulcísima.



Ayuntamiento de Madrid



—¡Quién sabe! ¡Tiene usted tal interés por ese hombre!

Estela se detuvo grave y seria, mirándole de un modo casi agresivo.

—¡Interés, interés!... Si no lo tuviese no hubiera dado este paso. Pero interés basado en la piedad hacia una pobre madre, interés por encauzar una vida tan estúpidamente descarriada, en evitar que acaso se destroce para siempre...

Su voz pareció sinceramente conmovida. Luego la muchacha añadió con acento franco, tranquilo:

—Fíjese en que le tengo lástima no más. Y me parece que nada tan triste puede ocurrirle al amor como inspirar solamente eso.

Daniel la miró anhelante. ¿No amaría de veras al hombre por quien tanto se interesaba? ¿Se trataba tan sólo de un acto de caridad? Ayudándola a salvarlo, ¿haría una buena obra sin causar daño alguno al pobre Farfán de los Godos? ¿Le serviría aquello para seguir viéndola y acercarse así al espectáculo interesante de su alma y conseguir acaso la dulce amistad con que soñó un día? Casi gritó entonces, con una brusca decisión de inspirado:

—Se me está ocurriendo una idea. ¿Sabe si le queda algo de los diez mil pesos?

—Presumo que nada.

—¿Podría sacar del Banco otros diez mil?

—Eso casi seguro.

—Pues que los saque, y ya veremos.

Le explicó el plan. Todo consistía en acercarse al gerente del Banco, no para pedirle un favor, sino para proponerle un negocio: hablarle de cierto individuo, empleado en la casa, que por culpa del

juego había ido sacando de las cajas veinte mil pesos, y arrepentido de su locura estaba dispuesto a devolver cuanto le quedaba, que era exactamente la mitad. Pero esto a cambio de un certificado en el cual constase que dejaba el empleo por su gusto. Empeñándose el Banco en perseguirlo, calculaba el muchacho que se defendería bastante mejor con los diez mil pesos. Estela sonrió al plan con simpatía.

—¿Sabe que tiene usted talento?

—Habilidad si acaso—protestó Daniel con suave modestia—, arte para los enredos. En mi tierra he ayudado algún tiempo al cacique.

Esperó que la muchacha le confiase aquella gestión, que quedasen citados para el día siguiente en algún sitio cerca del Banco, y la idea de tal entrevista comenzó a tener para él toda la atracción de una cita comprometedora. Pero no. La muchacha, marchando hacia la puerta, se limitó a darle las gracias por su atención, sonriendo con una sonrisa clara, enteramente libre de anhelos y sombras. No le había entendido. Era otro, era ella acaso quien iba a encargarse del asunto... La acompañó tristemente. Había acariciado la idea de unos días de verdadera felicidad, olvidado de todo, encantada su vida con la dulcísima visión de servir a la bella criatura, premiado excelsamente con aquellos ratos de charla adorable, mil veces más dulces en su cordialidad sin compromisos que si tuviesen un pretexto galante. Y esto ya imposible. Estela otra vez se alejaba de él, otra vez iba a perderla. Quiso pedirle una nueva entrevista. ¿Pero con qué palabras? ¿Cómo pedirle una cosa así sin que le creyera uno de tantos irreflexivamente presos en sus gracias malditas? ¿Cómo responder más tarde, llegado el momento fatal de las explicaciones, que sólo la dulzura de su voz apetecía y sólo anhelaba la ternura de su amistad? La dejó ir.

Y volviendo a ver la sonrisa enigmática que ella había tenido en los labios al comienzo de la entrevista, se le ocurrió una sospecha dulce. ¿No habría tal italiano? ¿No habría tal robo? ¿Se trataría únicamente de un pretexto para acercarse a él y para inquietarlo? Pero la alegría se le apagó muy pronto. ¿Por qué todo aquello? ¿Qué interés podía tener en buscarle? No se hizo ilusiones. Su desvío la tarde de la doma, el haberle demostrado que la piedad hacia un amigo infeliz vencía en su alma a todo otro sentimiento era la causa única de tal preocupación. Estaba demasiado acostumbrado a rendir corazones con el más leve y distraído dardo de sus miradas para tolerar ciertos alardes de independencia. Pues se equivocaba si creía con aquellas artes triunfar otra vez, destrozar otra vida. Un momento,

no lo negaba, estuvo al borde del abismo y sintió su atracción y su vértigo. Mas, por fortuna, había podido serenarse y volvía a ser dueño de sí. Y cuando al día siguiente Farfán de los Godos, que sólo pensaba en la expedición, fué a buscarle a la oficina para que resolviese ya, sin más dilaciones, el asunto del dinero, se levantó bruscamente.

—Pues ahora mismo.

Acompañaba a Farfán Villasuso, y los tres no tardaron en llegar a un salón lleno de trastos: cortinas y alfombras que adornaban la baranda de la escalera, lámparas pendientes del techo, ropa amontonada en los rincones, muebles aquí y allá y sobre los muebles loza, cristalería, botellas de vino, latas

—¿Y ahora?

—Ahora, si esos que pujaban tienen verdadero interés por el terreno, antes de renunciar definitivamente vendrán a ofrecerme una prima. Si no, hemos perdido cinco pesos...

—Querrás decir que ha perdido cinco pesos Antón.

Farfán de los Godos hizo callar al ingenuo Villasuso.

—Los perdemos nosotros únicamente. Antón ya los perdió hace días.

Pero no los perdió nadie. Aguiar había calculado bien, y aquella misma tarde allá aparecieron unos señores diciéndole si no renunciaría por nada



de conserva, medicinas... A la noche se subastarían todas las cosas aquellas. Ahora, por la tarde, un hombre erguido sobre una mesa remataba terrenos. Hacía una descripción concisa, verdaderamente genial, y de pronto lanzaba una cifra. Al vuelo se enteraba de las pujas.

—Agua, estación a un kilómetro... Cien, ciento veinte, veinte, veinte... Cuarenta, sesenta, ochenta ochenta, ciento ochenta...

Aguiar llevaba callado más de media hora. De repente notó que cierto terreno, situado no sabía dónde, era objeo de una verdadera batalla, y, con espanto de sus compañeros, terció en la lid, ofreciendo, una cifra. Pujaron los otros, y Daniel pujó más. El rematador ya se dirigía hacia él, y cuando alguien había dicho veinte, decía treinta en su nombre. Al fin, en una de éstas, se detuvo. Esperó un instante, con su martillo metálico dió un golpe en la baranda de la escalera, y saludó a Daniel con la mano como a un viejo amigo; el terreno era suyo. Un empleado vino a recoger la señal y Daniel le entregó los cien pesos y una tarjeta. Farfán, deslumbrado todavía, le preguntó al salir:

al terreno. Con el dinero de la prima se compraron armas y se encargaron los billetes del tren. Los expedicionarios ya no hablaban de otra cosa que de aquella empresa tan digna de sus corazones esforzados y heroicos. El hotel, con las voces que daban, era, como nunca, la taberna tumultuosa, causa de los más serios pesares de Antón. Llegó bruscamente un joven preguntando por Don Farfán de los Godos y agregando que, enterado de cuanto se proponía, solicitaba un puesto a la sombra de sus banderas. Esto colmó los entusiasmos. Al mozo ya no le increpaban cuando la carne tenía una dureza inadmisibile. Sacaban los revólvers. Como Antón protestase un día, rezongando que ya era demás, Farfán disparó el suyo.

—¿Cuándo marchamos?

—Después del baile...

Y Aguiar, que era quien lo había preguntado, añadió tras de un suspiro:

—¡Cierto, el baile del Club!...

¡El baile del Club! Desde días antes no pensaba Daniel en otra cosa. Había recibido una carta de Estela contándole el buen éxito de sus gestiones

Tenía razón. Como en todo asunto perdido siempre es negocio recuperar la mitad, el gerente aceptó en el acto. Esto aparte, se trataba de muchos pesos para el gusto de perseguir a un muchacho que no le importaba y a quien seguramente ni conocía. El italiano allá iba camino de su tierra y ella tendría mucho gusto en repetirle personalmente las gracias. ¿Pensaba asistir Aguiar al baile del *Club Ambocastellano*? Esta carta era una invitación, era una cita, y en el alma de Daniel comenzaba a arder de nuevo la brasa extraña, perfumada y dulcísima. Miró a Farfán.

—¡El baile del *Club*! Quieres despedirte, ¿verdad?

Farfán dijo amargamente que no tenía de quién. Pero más tarde agregó con nobleza:

—Sólo que tal vez no todos nuestros camaradas se encuentren en tan triste caso y el verdadero culpillo apenas si debe pensar en sí propio.

VIII

En todas las casas españolas de Buenos Aires no se hablaba de otra cosa aquel día que del baile del *Club*. Desde mucho tiempo antes estaban haciéndose obras de embellecimiento en el edificio y la Colectividad amaneció entusiasmada y conmovida ¡Iba a ser un baile como los del *Progreso*, como los del *Jockey*! En el *Piornelo Hotel* apenas hubo huésped comerciante que no se encargase frac para la fiesta, dando a este acto un sentido patriótico y casi heroico. Era necesario demostrar a los argentinos del *Jockey* y del *Progreso* que la Colectividad también entendía de ropa.

Entre los conquistadores del Tiocal la importante prenda escaseaba de un modo lamentabilísimo. Sólo Daniel Aguiar y Esteban de Zárate, el que al emigrar fió su suerte al capricho de un barco, tenían frac. Zárate se lo había hecho recientemente, y Daniel lo conservaba de sus tiempos de estudiante en la elegantísima Compostela. Su falta de frac traía desconsolados a Farfán y a Trujillo. ¡Con lo que éste se prometía de una noche entera entre las maravillosas estrellas del país! ¡Con la mujer que para el otro estaría en el baile! Y una idea le conurbó de repente.

—Acaso no vuelva de la expedición y sería noble decírselo.

La víspera del esperado acontecimiento, Trujillo convenció por fin a Zárate de que, sin novia en la fiesta, le dejase el frac. Y cuando Farfán supo esto, se atusó los bigotes y afirmó decidido:

—Pues yo también voy.

—Mira que de *saco* no dejan entrar a nadie.

—Será entonces un día de luto para la Colectiv i-

dad. Estoy dispuesto a todo. Pasaré a toda costa. Pasaré, si es necesario, por encima de los cadáveres de la Comisión.

A la hora de marcharse, no apareció vestido de frac; pero tampoco pudiera decirse que no estuviese bonito. Su traje oscuro, planchado horas antes, parecía negro y parecía nuevo. Tiñó de negro los zapatos claros, engomó más aún los bigotes y se puso en el ojal un jazmín espléndido.

—Jazmín que estará fresco toda la noche; mirad.

Volvió la solapa y deslumbró a sus compañeros con un tabito de vidrio donde nadaba en agua el tallo de la flor. Además, había adquirido guantes, unos guantes amarillos, preciosos. Se sentía contento, optimista, lleno de esperanzas. Quien, a pesar del frac ya extendido sobre el lecho, estaba un poco triste, era Trujillo. Frente al espejo admiraba, desde mucho antes, la escultural corrección de sus líneas; entreabría la boca para verse los dientes blancos; contemplaba con ternura la profundidad y belleza de sus ojos inmensos. Y se volvió a Farfán, testigo mudo de esta escena.

—¡Me encuentro tan mal de ropa interior! ¡Tengo unas camisetas tan feas! ¡Unos calzoncillos con tales botones!

—¿Y eso qué importa? ¿Quién te los va a ver?

Los ojos de Trujillo dirigieron hacia aquel hombre de tan cortos alcances una mirada entre severa y compasiva.

—¿Tú qué sabes? ¿Quién sabrá por anticipado lo que puede ocurrirle en un baile a un hombre como yo?

—¡En este baile! ¡En un baile de hijas de familia!

—¡De hijas de españoles!

Y como el otro no le entendiera, le hizo el favor de explicarse. Hijas de españoles y al mismo tiempo hijas del país. Como hijas del país, eran independientes y libres, andaban solas por la calle, iban solas a todas partes. Pero como hijas de españoles tenían en el fondo el carácter y las pasiones de la raza... ¡Y con aquella libertad de que gozaban! ¡Ay, si él poseyese otra ropa!

Había vuelto a ponerse triste, y Farfán lanzó un grito que casi lo asustó. No se trataba, sin embargo, de nada desagradable.

—Me parece que estás salvado. ¿Sabes quién se ha comprado ropa interior? Villasuso. Doce mudas, me ha dicho. Y ya lo conoces. O no se compra nada, o compra lo mejor de la tienda.

No había acabado Farfán de decirlo, cuando ya Trujillo, desde la puerta de su choza, de su rancho en el *argot* de la comunidad, llamaba al poeta con estentórea voz. Tan pronto hubo comparecido, le miró antelante.

(Continuará).

ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.-.-MADRID

PEDRO ANDION

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cuties y terlices para colchones.—Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.
Gutaperchas. :: :: :: :: :: :: :: :: Lanillas para banderas.

TELÉFONO 14-87 M

IMPERIAL, 8 Y 16 Y BOTONERAS, 8

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTICULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

[SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

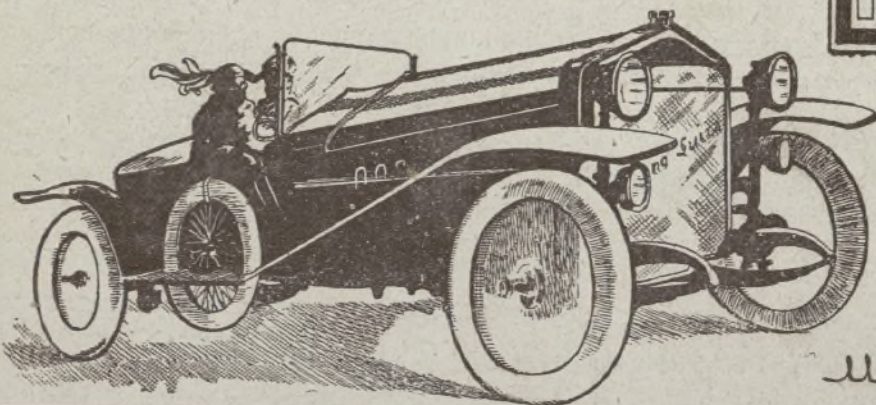
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de
acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.
Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos
para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châleau

Gráfica Universal, Princesa, 14.- A. ADRID

Ayuntamiento de Madrid